EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.° 8. Tomo I.—VIERNES 16 DE FEBRERO 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Cienfuegos, por D. Antonio Alcalá Galiano.—**Luz y sombra, poesía**, por D. Manuel Cañete.—**Espatolino, [novela]**, por la Señorita de Avellaneda.—**Cain y Abel, [novela]**, por D. Isidoro Gil.—**Una semana en Madrid, sábado**, por D. Antonio Flores.—**Fallecimiento de la infanta doña Luisa Carlota.—Torneos**, por D. Bonifacio Gomez.—**Revista de la Quincena**, por D. Enrique Gil.

CIENFUEGOS.

D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos era un poeta y un ingenio singular, si por singular se entiende no ser parecido ni á quienes le antecedieron ni á sus contemporáneos, no siendo la singularidad asi entendida motivo de alabanza como tampoco de vituperio. Cuando escribió todavía no era conocida en España la escuela, que tomando el nombre de romántica se habia creado en Alemania, y que despues se ha dado á conocer dilatando sus doctrinas é influjo por otras naciones. Por clásico se tenia él sin duda, pues reconocia como ciertos y daba obediencia á los dogmas, á la sazon reconocidos y venerados en la república literaria. Pero del gusto clásico distaba infinito, lo cual en todas sus composiciones se da á conocer, y mas que en otras en sus llamadas traducciones, que con nombre de tales son paráfrasis muy desviadas de los originales ciertamente.

Cienfuegos era ademas de aquellos hombres en quienes la conducta explica la naturaleza del ingenio. La entereza acreditada en los últimos dias de su vida, y de donde le vino la muerte un tanto temprana, se aviene bien con la rigidez ó tiesura de su estilo.

Como escritor desemejante de lo general de los autores ha tenido quien le admire con exceso, y quien le desapruebe con no menos vehemencia. Fué muy de moda celebrarle, si bien no faltaban en la época de su mayor celebridad quienes tachasen de mala idolatría el culto que le daban sus devotos, siendo comun que haya oposicion violenta en el imperio de la moda. En el cotarro de los críticos y sectarios de la escuela filosófica ó liberal privaba mucho, no obstante estar sirviendo un empleo de nota bajo el gobierno de Cárlos IV. Al revés los adoradores del poder de aquellos tiempos le tenian malquerencia, si aun en parte por razones políticas, tambien por motivos meramente literarios, sin tomar en cuenta el desafecto con que se le veia por ser de la parcialidad contraria. Los críticos y poetas sevillanos de aquella misma época, remedadores de los poetas andaluces que florecian reinando los Felipes, le tenian en alta estima, sin que pueda decirse con razon que fuese por serles parecido. En los más inmediatos á los nuestros vinieron á ser mayores en número, ó si no en número en poder, sus contrarios que sus amigos, de lo cual resultó gran mengua á su fama. Hasta el señor Quintana, su amigo, en el último tomo de su coleccion de poesías castellanas, publicado cuando el renombre de Cienfuegos estaba en su ocaso, sin faltar al aprecio y admiracion que le profesaba, se muestra como medroso al ensalzarle, siendo hijas sin duda la tibieza y restricciones en la alabanza, no de menoscabo en el afecto y buena opinion, sino del conocimiento de haber decaido mucho en general una reputacion literaria en tiempos bastante cercanos muy subida.

No son muchos los que ahora leen las poesías de Cienfuegos. Otro tanto sucede con las de Melendez segun deja dicho en un artículo anterior del *Laberinto* el escritor de estos renglones. Gozan en general de escaso valimiento en el dia presente las composiciones del tiempo próximo pasado, siendo capricho muy comun mirarse los usos y las cosas de antepasados algo remotos con mas aprecio que todo cuanto agradaba y prevalecia viviendo nuestros padres. Asi con el bigote y la perilla vuelve la aficion á los poetas que florecian cuando estaban antes en uso los tales adornos, y los escritores que lo eran cuando se llevaban rizos participan del descrédito actual de la hace poco desterrada moda. El *multa renascentur* es certísimo, pero se necesita para las resurrecciones que lo *resuscitando* (perdónese la novedad de la voz latinizada) cuente algunos años de difunto.

Cienfuegos fué novador, y lo fué extremado en algunos puntos, quedándose muy corto en otros. Creò voces poéticas sin tasa: dió al estilo formas insólitas, y sin embargo respetó la regla de las unidades como poeta dramático, y aun como lírico se desvió poco de las reglas latino-francesas, reguladoras de la poesía y la crítica cuando él componia. Su mayor atrevimiento consiste en haber hecho obrillas sin título de odas, canciones ú otro alguno, en cuya osadía le acompañó el Sr. de Quintana su amigo.

Cienfuegos pasa por autor á quien su sobrado fuego poético consumia y arrebataba. En sentir del autor de este artículo, sentir del cual participan pocos, este es un juicio muy equivocado. En otra ocasion le ha comparado el mismo que estos renglones escribe, á un caballo endeble de piernas, en cuyos movimientos desarreglados creen muchos ver muestras de fogosidad, siendo hijos de la causa contraria.

Y no porque faltase calor en el alma de Cienfuegos. Le tenia, pues lo acreditó con sus acciones, asi como hacia alarde de él en sus escritos. Pero era su calor forzado. Digno es de alta alabanza quien venciendo las naturales inclinaciones, y contrayendo por ello mérito superior, hace aquellas mismas cosas difíciles para las cuales no le tenia destinado la naturaleza, pero lo artificial al cabo se descubre, y como la planta forzada nunca regala los sentidos tanto cuanto la natural, asi lo adquirido con trabajo se diferencia de lo espontáneo en gran manera.

Era Cienfuegos hombre muy honrado, amante por demás de todo cuanto es grande y noble. Por desgracia parece que era poco viva su fantasía. Asi es que se apasionaba por medio de su juicio, y faltándole calor natural para expresar su pasion, y queriendo igualar con lo animado de la expresion lo vivo del deseo, se esforzaba y se descomponia todo. Alguna semejanza hay entre su estilo y los extremos que para declarar sus conceptos hace un mudo.

Quebrantaba las reglas en que creia y á las cuales es de presumir que intentaba arreglarse: estropeaba la lengua castellana, en la cual acreditan ciertos escritos suyos que estaba mas que medianamente instruido.

Con tales y tan graves faltas juntaba sin embargo algunas muy buenas dotes. Acaso si hubiese querido volar con menos rapidez y remontarse á menor altura, habria llegado á ponerse mucho mas arriba del puesto donde ahora está y merece estar colocado.

Algunas pruebas justificativas del duro juicio que se acaba de dar suministran las obras de Cienfuegos.

Tómese por ejemplo el Otoño, composicion muy alabada por algunos críticos contemporáneos, y de la cual el crítico que escribió en la traduccion de *Blair* la parte correspondiente á la literatura española, hizo grandes y no muy atinados elogios.

¿Qué significa el

Luego, luego
cien copas ¡Evohe! dad á mi fuego.
Otras ciento me dad?

Eso es ya traspasar los límites de lo posible, descubriéndose que tales extremos salen de un hombre sobrio el cual solo en los versos manifiesta una sed ó un vicio tan fuera de toda medida. ¿Y quién grita ¡Evohe! en los dias presentes cuando como cristiano, aunque malo en aquel momento, da rienda suelta á su apetito?

Lo demas de la composicion adolece del mismo defecto de extremar los afectos y las ideas.

El famoso dicho de Napoleon sobre que solamente dista un paso lo ridículo de lo sublime, fué repeticion en términos quizá nuevos de una idea antigua y muy cierta. Y muchas veces quien con lo ridículo tropieza y se estrella, es porque va corriendo en busca de lo sublime con ímpetu excesivo y fuerzas flacas para alcanzarlo.

De ahí nacen muchas faltas de Cienfuegos. Se nota en sus obras que á la sublimidad aspiraba siempre. En la escuela del Sepulcro (cuyo título mismo es una rareza) usando de unas personificaciones ó prosopopeyas por demás atrevidas, presentó la idea de muchachos jugando al escondite cuando aspiraba á presentar una imágen singular, tanto cuanto por la novedad, por la grandeza. Se habla aquí de la alusion al sepulcro de Alejandro en la expresion

> Tumba del Macedon, ¿dónde te escondes
> que no dices: *aquí*?

Igualmente en la misma composicion la idea de ir el hombre caminando y hallarse en medio de eso con que la muerte

> le sale al paso,

no ofrece mas alta idea á la imaginacion que la del tropezar un paseante con un objeto inesperado y no de su gusto al volver de una esquina.

Sin duda en medio de extravagancias tales aparecen casos en que el poeta llega á grande altura. No carecia de fuerzas, ni dejaba en sus esfuerzos de traspasar los límites de la medianía. En la elegía á un amigo lloroso por la muerte de su hermano, hay imágenes grandes á la par que afectos tiernos. Acaso la de la eternidad que arroja á un abismo los siglos despeñados frisa tambien con lo ridículo, pero frisa y no mas, y aun al descontentadizo censor que en estas páginas duramente ejerce su desabrido oficio, parece hermosa.

Una consecuencia forzosa del empeño de ir mas allá que consienten las propias fuerzas, es lo que, en el lenguaje artístico tomado prestado al arte de la pintura para aplicarle al de la poesía, se dice amaneerado. Lo es Cienfuegos en grado sumo, y lo es en todo: en el modo de concebir sus ideas, en el de expresarlas: en suma, en la diccion tanto cuanto en el estilo. Hasta llega á chocar al menos advertido, aquel continuo repetir de un verbo al terminar varios versos.

> Ah, llora, llora
> Oh, cesa, cesa.

Este amaneramiento lleva al poeta cuando acomete la traduccion de un clásico á asimilársele en tal manera, que parafraseándole y retorciéndole le convierte en sí propio. Si Horacio habia expresado una idea acerca de que asi como la voz del trueno declaraba en el cielo la presencia de Jove, los triunfos de Augusto patentizaban su señorío en el mundo, y la habia expresado con clásica sencillez:

> *Cœlo tonantem credidimus Jovem, etc.*

que Fr. Luis de Leon habia traducido con sobrada llaneza (1).

> Porque en el cielo truena
> reinar allá el gran Júpiter creemos.

Cienfuegos rompiendo los períodos, y violentando el estilo, cargándole ademas de epítetos ociosos, dice:

> Alzase Jove y á su augusta planta
> truena el Olimpo retemblante. El cielo
> es el trono del Dios. Pronuncia Augusto
> y á Bretaña y á Persia omnipotente
> en el imperio encierra.
> ¡César, César es Dios sobre la tierra!

Si intenta mejorar las traducciones castellanas de Anacreonte, á los defectos de las antiguas, añade los suyos peculiares, convirtiendo en palabrero lo que en el original es clásica y hermosamente sencillo. Donde el poeta de Teos habia dicho:

Naturaleza dió cuernos al toro y cascos á los caballos.

Y aun el conceptuoso Villegas se habia contentado con añadir á la naturaleza el dictado de sabia, y con enumerar el número de los cuernos del toro y de los pies del caballo (poniendo en vez de cascos pies) Cienfuegos usa de un adjetivo de su invencion y escasa propiedad para el primer animal, y en cuanto al segundo añadió en un verso una cosa que ni siquiera se entiende.

> Armó natura al toro
> con la *enastada* frente
> y al caballo con plantas
> *que atrás furioso vuelve.*

Ejemplos semejantes bastan, y aun se puede decir que sobran, para acreditar lo errado del gusto de un autor.

Cienfuegos compuso tragedias y una comedia, porque rara vez quien tiene el don de hacer versos ó llega á hacerlos á fuerza de trabajo juzgando en su orgullo don natural haber llegado á adquirir la habilidad mecánica de la versificacion, no cede al deseo de calzarse (hablando al uso clásico antiguo) el coturno primero y en alguna ocasion el zueco, queriendo con lo último dar pruebas de igual aptitud que para lo serio para lo festivo.

Es dudoso que el poeta lírico pueda serlo dramático, pero la duda nacida de la diferentísima esencia, de la composicion donde el poeta habla por sí, suelta la rienda á su imaginacion, y aun la excita al remontar su vuelo, ó expresa sus afectos tiernos descubriéndonos hasta lo íntimo de su alma, y aquella donde crea personajes, y olvidándose de sí propio, entra en el interior de cada ente de los que ha creado, y con él piensa y siente, y por su boca habla; la duda que de pronto como parece que deberia ser resuelta por la negativa, admite soluciones diversas, segun acreditan ilustres ejemplos. El ingenio de primer órden suele contar entre sus varias dotes la de la flexibilidad: la imaginacion mas osada y fecunda es inventiva, y el don de conocer y expresar bien las propias pasiones se extiende á veces á descubrir, conocer y saber declarar las ajenas. Ello es que en muchos grandes poetas dramáticos hay muestras de talento para la poesía lírica en su mayor perfeccion. Esquilo es lírico de primer órden. Los coros de Sófocles se igualan con las mejores odas. Los sonetos de Shakespeare son sentidos, graciosos, y bastarian á darle fama de poeta, sin contar con que en sus mismas tragedias hay trozos donde el estilo aparece con carácter lírico verdadero. Otro tanto sucede á Calderon en algunos trozos magníficos, si afeados con los lunares propios del mal gusto de su siglo, esmaltados con las singulares perfecciones características de su ingenio y fantasía. Todo el papel de Sigismundo en la Vida Sueño es lírico puro. Racine en los coros de Ester, y Atalia y en la inspiracion notable en los personajes de esta última tragedia, acredita que no era su vocacion inferior la de ensayarse y lucir en la poesía lírica sagrada.

Pero, no obstante lo dicho, si el lírico componiendo tragedias se queda siéndolo, no merece alabanza ciertamente. Y esto acaece con frecuencia, habiendo talentos que sin ser cortos, son como duros, tiesos, incapaces de doblarse. Esos cabalmente equivocan su vocacion cuando abrazan la poesía dramática por carrera. De ellos era Alfieri, y de ellos Cienfuegos, si bien parece profanacion del nombre del primero ponerle junto y como apareado el del segundo; pues el italiano con todas sus graves faltas, aun como dramático valia mucho, y el español con todas sus buenas prendas que en otra clase de poesía contrapesan sus no menores defectos, como trágico ó cómico vale poco mas que nada. Pero en las mismas clases deben ser colocados ingenios en la calidad iguales ó parecidos, aunque en la cantidad desiguales en grado sumo.

Cuando las tragedias de Cienfuegos salieron impresas (porque representadas no queda memoria de si alguna vez lo fueron, una sola ó todas cuatro) no les faltaron elogiadores. El crítico escritor de los apéndices á la traduccion de Bluir depuso su ordinaria severidad trocándola en favor excesivo en el siguiente período. «La posteridad dará su propio lugar á las tragedias de D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, el primero que entre nosotros ha dado á este género su estilo, su colorido y su tono.» La posteridad ha llegado, y se excusa decir que ha revocado tan favorable sentencia. Don Manuel José Quintana, crítico hábil é ilustrado por demás á la par que buen poeta, pero adorador del gusto francés, y obediente á la religion, pseudo-clásica que era la fé de sus primeros dias, mirando en Cienfuegos al amigo y al cofrade, se distrajo en las *Variedades* (1) como de paso á contraponer el mérito superior de la tragedia la Condesa de Castilla, comparándola con la malísima en verdad compuesta por Cadahalso sobre el mismo argumento.

Estas eran opiniones de críticos, pero el principal en materia de dramas, el público, no se conformó con el parecer de los maestros. Han pasado dias y la crítica moderna, allegándose al sentir del vulgo de entonces, no ha confirmado un fallo favorable revocado ya antes por el olvido.

Las tragedias de Cienfuegos son lo que se llama clásicas, pues (salvo en cuanto á los cinco actos que pedia Horacio como cosa indispensable) en lo demas se ajustan á las reglas, no traspasando en la accion el término fatal de las veinte y cuatro horas, ni desviándose en los tres actos del recinto de una ciudad, ni distrayéndose en episodios de la única, desnuda y lánguida accion que forma su argumento. No se hable en ellas de caractéres, pues los que representa son meros tipos vulgares, aquí de honradez como en el Rodrigo de la Condesa de Castilla y en el Almanzor de la Zoraida, allá de enamorados, como en los galanes y damas vaciados en la misma turquesa, ó mas allá de tiranos que descomponen amoríos y mandan muertes.

Lo que sí no es clásico en Cienfuegos, es el estilo apartado cuanto cabe serlo de la sencillez griega, ó de la correccion latina, ó de la imitacion de ambas que en *Racine* brilla tan pura. Véase la horrible confusion de metáforas en el trozo siguiente:

> Hartos dias la muerte.....
> sembró por nuestras fértiles campañas
> en vez del grano protector de vida
> larga semilla de hambres y desgracias.
> Donde antes rosas y placer ahora
> cadáveres y horror huella la planta,
> y en olor de sepulcro en vez de rosas
> el aire tiñe sus funestas alas.

ó nótese á una mujer enamorada diciendo á su amante:

> Porque tu lengua
> amor solo y amor y amores habla.

Ni en Shakespeare, gran pecador en este punto, pero admirable hasta en sus pecados, hay trozo que en lo incoherente de las imágenes pueda compararse con el primero, y en cuanto al segundo, Shakespeare expresaba el amor de otro modo,

> Perdition catch my soul, but I love thee.
> Maldito sea yo, si no te adoro.

lo cual á algunos parecerá poco poético, porque hay gustos muy diferentes.

Con lo retumbante suele venir á juntarse lo pue-

(1) En la traduccion posterior de esta oda por el señor de Burgos es muy buena la primera estrofa, asi como otras, aunque tambien nos parece pecar un poco en lo verbosa y en la añadidura del epíteto infando, si bien este quiere explicar lo que á los Romanos disgustaba hablar de los Partos ó Persas sus vencedores.

Pro lama á Jove el trueno retumbando, etc.

(1) Periódico de Mad·id publicado hácia 1804 y 5, y el mejor de su tiempo.

ril, achaque de que adolece mucho Cienfuegos. Es de esto ejemplo la, aunque tal vez oportuna, un poco trivial reflexion en el momento de caer mortalmente herida una persona que quizá habrá para ella cura:

Llevadla: á sus heridas por ventura
Remedio se hallará, &c.

dice Boabdil cuando vé traspasada de una puñalada á Zoraida, y otro tanto dice no sé qué personaje en igual situacion en el Idomeneo.

Injusto seria criticar duramente la comedia de las Hermanas generosas, mero juguete y no mas. Lo que imposibilitaba á Cienfuegos ser buen trágico no le facilitaba ser buen cómico.

Y con tantos olvidos en la práctica de las reglas verdaderas del buen gusto, Cienfuegos era de saber nada escaso. Entró en batalla con *Capmany* sobre un punto relativo al lenguaje, y entró (en concepto de quien este artículo escribe) defendiendo una mala causa, cual era la legitimidad de la voz *detalle*, pero si no llevó lo mejor en la pelea, se mostró en ella superior en ingenio y saber á su contrario. El elogio del marques de Santa Cruz con todas las faltas de *Thomas* copiadas y abultadas, pero no falto ni escaso de galas y primores de la mejor clase, asi como no pocos artículos del Mercurio, dan honroso testimonio de su ciencia.

De su honradez, de su entereza, de su pasion viva á la virtud, le dan igualmente todos sus escritos. Alguna vez se deja llevar de pasiones que si parecen de mal orígen ahora, nacian de buena fuente cuando brotaron y se mostraron. La oda en alabanza de un carpintero es equivocada en su concepto general y en su fin, pero en la corte de Cárlos IV, el hombre de bien y de afectos vehementes, veia las cosas muy de otro modo que se ven en el presente momento; de cerca ciertos vicios feos, de lejos ciertas espléndidas maldades mezcladas con heróicas virtudes. Alfieri, arrebatado é injusto, cobró odio á los pequeños despues de encontrarlos no mejores que los grandes; yerro grave, asi como lo es buscar y creer haber descubierto la sublimidad solo en la honradez humilde.

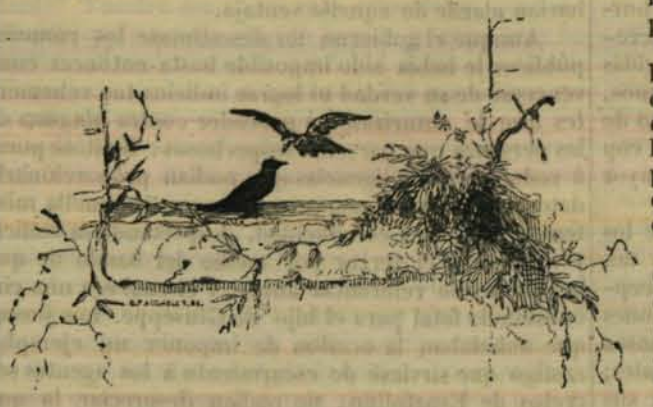
Lo noble de los pensamientos y lo bueno de los afectos, que si no son vivos á causa de cierta natural frialdad, quieren serlo, no son las únicas prendas de Cienfuegos. Las tiene poéticas puramente, si bien aparecen desparramadas en sus obras y revueltas con los defectos que las deslustran, siendo la extrañeza en él á veces originalidad de aquella digna de ser alabada y hasta admirada, y soliendo acompañar el briso y novedad de la idea con iguales calidades de la frase. Hasta en el Otoño, en la Primavera, en el Idilio de Palemon se notan estas perfecciones, y en la elegía á un amigo sobre la muerte de su hermano abundan, y en ninguna de las poesías del autor faltan.

Imposible es hablando de Cienfuegos, aun como poeta, pasar en silencio los últimos hechos de su vida, de los cuales le sobrevino la muerte. Habia sido admirador de la revolucion francesa y de Bonaparte, á quien cantó en una de sus odas. Llegó el caso de que fuese España traidoramente invadida por el emperador francés, quien, como para abonar la maldad de su conducta, prometió regenerar al pueblo al cual insultaba; y la regeneracion prometida consistia en poner dominantes en el suelo español las ideas largo tiempo abogadas por Cienfuegos. Pero este desestimó la dádiva, y vió solo el daño que la acompañaba, la afrenta hecha á su patria, y el deseo de esta de no tolerar tanto agravio. Prefirió pues la causa de la insurreccion, con todos sus inconvenientes y todas sus fealdades justa y noble, á la de la dependencia y humillacion dorada como estaba. En esto le imitaron otros, siendo de notar que si bien hubo excepciones, la *plana mayor* de nuestra hueste liberal de entonces se fué con los levantados á pesar de ver entre ellos á los frailes, al paso que la plana mayor de los literatos cortesanos trocó gustosa de yugo tomando el ilustrado despotismo del usurpador de tan buena gana como aguantaba el de nuestros reyes.

En un artículo de la Gaceta de Madrid en mayo de 1808, recien derramada la sangre de las víctimas del memorable dia Dos de aquel mes, estando pujante el vencedor, y durándole todavía la ira de la pelea entre la soberbia del triunfo, salió á luz un artículo donde se hablaba del rey á la sazon caido en la red y cautivo en Bayona, contándose haber sido proclamado en Leon con grande alborozo y muestras de amor extremado. Estaba Cienfuegos encargado de dirigir la Gaceta, y fué llamado, reprendido y hasta amenazado de muerte por *Murat*, sin que él desmintiese su entereza un solo punto. Perdonósele entonces, pero recien vuelto José Napoleon á Madrid á fines de 1808 mandó salir para Francia preso al poeta, oficial de la secretaría del Estado, quizá porque se acreditaba con palabras de impenitente del pecado antiguo. Allí murió muy pronto, y allí está sepultado no lejos de algunos otros hombres de mérito que siguieron la opuesta bandera. Su muerte le valió de otro poeta un epíteto, con el cual por ser acertado será tan conocido cuanto por sus poesías, siendo natural que al recordar su nombre se presente á la fantasía su imágen como

La inexorable sombra de Cienfuegos.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.



LUZ Y SOMBRA.

Dedicada á mi amigo

EL SEÑOR MARQUÉS DE TABLÉRNICA.

O voi che siete in picciolella barca,
Desiderosi d' ascoltar, seguiti
Dietro al mio legno che cantando varca,
Tornate à riveder li vostri liti.
Non vi mettete in pelago, che forse,
Perdendo me, rimarreste smarriti.

DANTE.

Ya nace el alba con su faz riente;
ya el sol su lumbre por do quier derrama,
y perlas forma de la oculta fuente
que besa humilde la sencilla grama:
¡salve, Dios inmortal y omnipotente!
mi pecho al ver tu creacion se inflama,
pues la sublime luz del claro dia
brota sin fin torrentes de armonía!—

Así tambien en la temblante cuna
el hombre abre á la luz los turbios ojos,
mirando sonreir á la fortuna
y el campo de la vida sin abrojos:
así el tiempo fugaz, que avaro aduna
placeres y dolores, sin enojos
depone para el niño la violencia
y aspira su perfume de inocencia.

Pero pronto el albor de la mañana,
y la luz apacible de la aurora,
ofusca otra lumbrera mas galana
del oro brillador engendradora:
ella es alma del mundo, y, aunque ufana
de la flor el capullo abre y colora,
seca al fin con su llama eurojecida
en su cáliz el gérmen de la vida!

Tal despierta del sueño de la infancia,
hecho jóven el niño entre ilusiones,
y el velo de su cándida ignorancia
desgarran poco á poco las pasiones:
sin conocer el mundo, en su arrogancia,
quiere medir las fuerzas con leones,
y ansiando hallar placeres y jardines
halla un caos no mas de hombres ruïnes!

En él luchan en guerra interminable
la cándida virtud y el vicio horrendo,
y al eterno gemir del miserable
la voz se mezcla de festivo estruendo,
es su extraño ruido intolerable,
y los que van tal farsa conociendo
al querer despertar del parasismo
se miran presos en oscuro abismo!—

Remóntase al cenít magestuoso,
demostrando bizarro atrevimiento,
el Sol que vierte su raudal copioso
de abrasadora luz desde su asiento:
es allí mas radiante y mas hermoso;
pero pasa su fuerza en un momento
y el calor de su lumbre diamantina
se va estinguiendo mientras mas declina.—

Así es el hombre! cuando al punto llega
que marca su cenit, altivo, osado,
de las pasiones al furor se entrega
y á un abismo se arroja despeñado:
busca placeres y el placer le ciega;
vése en su propia red aprisionado;
y cuando empieza á conocer el mundo
«tarde» grita una voz de lo profundo!
Y es tarde á la verdad! pues los fulgores
del astro rey cuando al ocaso baja
solo son moribundos resplandores
de un cadáver envuelto en su mortaja;
ni es ya su luz la que á las bellas flores
los encantos purísimos rebaja;
la que al dorar los valles y colinas
perlas torna las aguas cristalinas!—

Ay! á esta edad, perdida la inocencia,
lejos el hombre de su dulce aurora,
del cansado bajel de la existencia
entra en el mar de eternidad la prora;
llora entonces sin fin por su demencia,
pero tan tarde sus locuras llora
que el soplo de la muerte lo consume
como el viento al clavel roba el perfume!

Y ¿qué sucede á la tremenda lucha
que el piélago levanta de la vida,
do la voz del piloto no se escucha
con los silbos del austro confundida?
¿qué halla el mortal del mundo en que relucha
al salir por la puerta tan temida,
cuando el infierno que su pecho abrasa
el valladar del mundo no traspasa?

¿Qué allá el mortal que, entre vaivenes tantos
la pobre nave del vivir condujo,
mirando al ver la luz dulces encantos
de un prisma mentidor con el influjo?
encuentra la aureola de los santos?
ó el hálito del vicio le redujo
á no hallar otra luz, que la tiniebla
que los espacios del averno puebla?

¿Qué hay mas allá de lo que el hombre alcanza?
¿cuál es el norte que á la luz conduce?
¿es mentida ilusion esa esperanza
que á nuestros ojos seductora luce?
¿qué sombra en la perdida lontananza
nos eclipsa un objeto que reluce,
cual eclipsan las nubes la hermosura
del Sol que inflama la celeste altura?

¿Quién guiará por entre escollos fieros
el tímido batel con arrogancia,
encontrando sin paz nuevos senderos
que de la luz acorten la distancia?.....—
oh! la barca empujad, fuertes remeros,
pues ya asorda la voz de la ignorancia
otra que grita cual seguro indicio,
«la *Luz* es la *Virtud*, la *Sombra* el *Vicio*!!»

MANUEL CAÑETE.

ESPATOLINO.

IV.

Arturo de Dainville enteramente abrumado del pesar de haber perdido á su amada, y ocupado en imaginar medios de encontrarla, no habia vuelto á pensar en Pietro, que abandonado al vengativo y pérfido Rótoli, activo y fecundo en recursos para perderle,

supo agravar su causa con los malos antecedentes que prestó á la reciente culpa del reo.

La confesion que este hizo delante de los jueces, tan completa como la que antes pronunció en presencia del coronel, hacia innecesarias mayores pruebas que las que arrojaba naturalmente el proceso, y resultando plenamente convicto y confeso del crímen de complicidad con el terrible bandido, se halló en uno de los casos comprendidos en un bando publicados pocas semanas antes, y por el cual se imponia pena de muerte á cualquiera persona que mantuviese comunicacion ó diese asilo á los individuos que componian aquella feroz cuadrilla, que era hacía veinte años el espanto de Italia.

Al mismo tiempo se ofrecia una suma considerable á quien entregase á Espatolino ó diese aviso cierto de su paradero, asegurando un completo indulto si el que prestaba este servicio á la humanidad, era alguno de los cómplices de aquel sanguinario jefe.

Los medios prodigiosos con que habia sabido libertarse repetidas veces de riesgos inminentes, burlando las mas eficaces medidas del gobierno, interesado en salvar de aquel azote á las provincias regidas por él, habian contribuido á irritar mas los ánimos, haciendo que el gobierno considerase como punto de honor el empeño que habia tomado en acabar con aquella horda asoladora, cuya audacia se hacia mayor con la impunidad.

El terror que infundia en los propietarios de los pueblos pequeños el nombre de Espatolino era tan poderoso, que muchos de los mas ricos habian aceptado la imposicion de considerables contribuciones que le pagaban exactamente, dándose por dichosos con verse por este medio á salvo de mayores males; pues el bandido, cumpliendo con religiosidad sus convenios, respetaba las posesiones de todos aquellos que voluntariamente le rendian tributo.

Algunos señores napolitanos que poseian fincas rurales, eran acusados tambien por la voz pública de prestar proteccion al bandido, por el interés de verse libres de sus atrevidas agresiones. Decíase en fin, generalmente, que la cuadrilla homicida contaba con importantes auxiliares dentro de las principales ciudades, y que ejercía una especie de soberanía en las poblaciones secundarias; donde solia detenerse semanas enteras sin hallar una voz que le denunciase, ni un vecino que le negase albergue en caso de necesidad. Se aseguraba, bien que no hubiera podido probarse hasta entonces, que el mismo Espatolino tenia arrendadas por segunda mano casas de buenas apariencias en varias ciudades, que ocupaban personas de su devocion á las que pagaba generosamente, y que en ellas se hospedaba cuando lo tenia á bien, á veces sigilosamente, á veces sin ningun misterio, pasando tan pronto por un mercader extranjero como por un hacendado italiano.

Para que tales rasgos de incomparable osadía no fuesen rechazados por increibles, los que divulgaban aquellas voces se manifestaban persuadidos de que no hacia falta á Espatolino quien le proporcionase fingidos pasaportes y otros medios de engaño, y que en cada ciudad, villa y aldea existia alguna fonda en la que era recibido siempre con afectada ó verdadera alegría, y agentes que pagaba para que velasen por su seguridad; la que era tanto mas posible cuanto que segun la notable variedad de los retratos que se hacian de él, era muy dificil poder saber con exactitud las señas de su persona. Los mismos que habian sido sus víctimas estaban discordes al pintarle. Un gran señor á quien habian asaltado en el camino de Lagonero á Chiaramonte, y al que robaron todo su equipaje despues de matarle dos criados que intentaron resistirse, aseguraba haber visto cara á cara al famoso bandolero, y que conservaba distintamente en la memoria su cuerpo pequeño, pero robusto; su cabeza rizada de pelos rojos y ásperos; sus ojos sangrientos; su nariz roma, y su tez encendida como el fuego.

Un fabricante de Torre-della-Nunziata, cuya casa fué escalada en mitad de la noche con imponderable temeridad, negaba que el robo que le habian hecho hubiese sido ejecutado, como creian sus paisanos, por ladrones de la poblacion, y decia haber oido á uno de los agresores pronunciar el nombre de Espatolino, en el momento en que cayéndose la máscara que llevaba puesta aquel jefe de facinerosos, dejó ver su descarnado y amarillo rostro lleno de cicatrices, y afeado aun mas por una grandísima nariz curva y unos ojos bizcos de siniestro mirar. El horrible personaje, segun la aseveracion del fabricante, era de colosal estatura, flaco y nervioso, con unas manos descomunales y una voz que se parecia á los bramidos del Vesubio, al tiempo de su erupcion. Por último, un accitero de Massa, que fué despojado violentamente del producto de su cosecha recibiendo dos heridas de resulta de las cuales aun estaba padeciendo, desmentia á los anteriores y juraba por su alma que Espatolino, de cuya mano conservaba tan sangrientos recuerdos, era un hombre negro como un etiope, de nariz recta y ancha, boca de abismo, ojos pequeños y torvos, pelo negro y crespo, largo de piernas, corto de talle, y mas bien grueso que delgado.

Entre tantas contradicciones nadie podia averiguar las verdaderas facciones del bandido, pues los que efectivamente le conocian eran los únicos que no hacian alarde de aquella ventaja.

Aunque el gobierno no desestimase los rumores públicos le habia sido imposible hasta entonces convencerse de su verdad ni lograr indicios tan vehementes que le autorizasen á proceder contra ninguna de las personas que parecian sospechosas: limitóse pues, á redoblar las diligencias que podian proporcionarle datos mas positivos respecto á los reos de aquella misteriosa y extensa complicidad, despertando la codicia y excitando el terror por medio del bando de que hemos hecho referencia antes, y el cual era una circunstancia fatal para el hijo de Giuseppe. Los jueces que anhelaban la ocasion de imponer un ejemplar castigo que sirviese de escarmiento á los agentes secretos de Espàtolino, no podian despreciar la que entonces se les presentaba, y el infeliz jóven, víctima de la conveniencia pública, fué juzgado con un rigor que hace gemir la humanidad. La sentencia se pronunció, y aquella sentencia fué la de muerte.

El dia en que tan tremendo fallo se notificó al reo, estaba solo y triste en su casa el coronel Arturo de Dainville. Nada sabia del preso; nada habia hecho en su favor ni en su daño, y Rótoli que conocia su carácter generoso, aunque irascible, se guardó bien de noticiarle la suerte del infeliz Pietro, por temor de que interesándose por él pudiese robarle la completa satisfaccion de su implacable venganza.

Arturo, pues, ignorante todavia del resultado del juicio y sintiendo mas que nunca la fuerza de su amorosa inclinacion, acaso por lo mismo que consideraba mas dificil la oportunidad de satisfacerla, vivia abismado en sus recuerdos. Eran las seis de la tarde del dia en que habia entrado el reo en capilla y mientras Rótoli, seguro de su triunfo, rondaba por las inmediaciones de la sombria morada, como el ave carnívora que acecha el cadáver en que espera cebarse, Arturo que le habia esperado vanamente toda la tarde, se habia echado con abatimiento en un sofá, abandonándose á sus melancólicas ideas.

¿Que seria de Anunziata? ¿En poder de que desalmado gemiria cautiva la tierna doncella por cuya posesion hubiera dado diez años de su vida? ¡Ay! acaso aquella esquiva hermosura que habia resistido á las seducciones de su ardiente amor, seria en aquel instante juguete mísero de los brutales antojos de un infame raptor.

Así discurria Arturo, y así hubiera continuado discurriendo, sino le hubiese sacado de su amarga cavilacion uno de sus asistentes, que entró á decirle que una jóven que parecia poseida de la mas profunda afliccion, pedia ansiosamente se dignase el coronel escucharla un instante.

Arturo tembló: una mujer que llegaba á él en el momento en que pensaba mas tiernamente en su perdida prenda, no podia encontrarle frio ni severo. Era jóven, era francés, la galantería no le abandonaba ni aun en los momentos mas solemnes de su vida, y además una esperanza vaga, insensata, pero lisongera, atravesó rápidamente por su imaginacion.—¿Si Anunziata escapando de su cautiverio, vendria á pedirle proteccion?

—Que entre al momento esa jóven, dijo, y se levantó para recibirla palpitándole el corazon.

La puerta dió paso un minuto despues á una mujer de hasta 24 años, desgreñada y casi andrajosa, que se arrojó á sus pies levantando hácia él su rostro macilento y ajado, en que se veian impresas la desventura y la miseria.

El coronel suspiró al ver desvanecida su fugitiva ilusion, pero conmovido al aspecto de la infeliz criatura, que abrazaba sus rodillas con un ardor convulsivo, la levantó cariñosamente y la mandó sentar.

—No, ilustre caballero, dijo ella, no merece esta desventurada ocupar una silla en vuestra casa; pero tened piedad de mí; de mi anciano padre que vá á morir de dolor y de vergüenza.

—¿Quién eres, jóven? preguntó el coronel: ¿quién es tu padre y en qué puedo serviros?

Mi padre se llama Guiseppe Biollecare, contestó ella con desmayada voz, yo soy su hija María, hermana de Pietro á quien conoce V. E., y que fué preso, segun se dice, por su órden.

—Maria, repuso Arturo, tu hermano es reo de un delito en el cual nada tengo que ver; ¿pero qué es lo que pides? ¿qué quieres de mí?

—Ay Señor! esclamó la jóven volviendo á arrodillarse: salvadle! salvadle por amor de Dios! os ha engañado el perverso Rótoli que sin duda es quien os ha prevenido contra Pietro por que le aborrece: os ha engañado si os ha dicho que es un mal hombre: sabed, señor excelentísimo, que teniamos un pariente que poseia algunos bienes, y aunque era tan avaro que nada nos daba para aliviar nuestra triste situacion, nos habia ofrecido que nombraria á Pietro su heredero para despues de sus dias. El pérfido Angelo logró perder al pobre mozo calumniándole con aquel viejo de quien todo lo esperaba, y para lograr mas fácilmente su perverso designio fingió compadecerse de nosotros y se llevó á su casa á mi crédulo hermano. Con este rasgo de caridad deslumbró á nuestro pariente y logró mayor crédito, cuando realizando algun tiempo despues su infernal pensamiento, le acusó de ladron y de otros vicios detestables. Su maldad llegó hasta el extremo de haberle supuesto la intencion diabólica de envenenar al viejo avaro á quien esperaba heredar, y aunque todas sus acusaciones carecian de fundamento y apoyo, consiguió perder á su víctima en el concepto de aquel. Por tales medios obtuvo la herencia que estaba destinada á Pietro, y echándola luego de generoso volvió á llamarle á su casa, teniendo el talento de persuadirle que no habia contribuido á su desgracia, y que deseaba proporcionarle una colocacion ventajosa. Seducido por estas promesas y tan sencillo que dió valor á su astuta justificacion, Pietro olvidando lo pasado se dedicó ciegamente al mónstruo con la fidelidad de un perro. Pero ¿sabeis que interés tenia Rótoli en recobrar su amistad? pues no tuvo otro que el de servirse de él en sus comunicaciones con los bandidos, porque conocia la reserva excesiva de mi hermano, y confiaba mucho en la influencia que ejercia en su espíritu. En efecto, señor, el fué causa de que viese á Espatolino y se deslumbrase con sus fatales promesas; el quien le abrió una senda de perdicion; quien supo mantenerle en aquellas malas ideas; hasta que nuevamente ofendido y sintiendo despertar en su pecho su antigua probidad, se resolvió á abandonar aquella casa peligrosa y á confiaros reservadamente las relaciones secretas con que estaban ligados, el agente de policia y el bandido. ¡Dichoso él si despues de tan honrada determinacion hubiese olvidado la existencia del funesto personage que le habia hecho conocer Rótoli! Pero la miseria!.. el hambre!... el demonio de la tentacion!... señor excelentísimo, un momento bastó para que Pietro, acosado por la desgracia y recordando las proposiciones del bandido, sucumbiese miserablemente y se hiciese reo de aquel mismo crímen que dos dias antes habia denunciado en otro. Pero, señor, sus manos no han derramado la sangre del prójimo; ningun robo ha cometido todavia; la intencion solamente es su delito, ¿y habrá de ser juzgado sin misericordia?

—No lo será, María, no lo será, dijo enternecido Dainville: su castigo no pasará de una correccion, y yo cuidaré de proporcionar á ti y á tu padre los medios de ganar con que vivir honradamente en lo sucesivo.

—Una correccion! exclamó la doncella: pues que,

señor excelentísimo, estais seguro de que se revocará la terrible sentencia?

—¿Qué sentencia? preguntó el coronel: ¿ha sido por ventura pronunciada alguna?

—¡La de muerte, señor! la de muerte! dijo con voz profunda la infeliz.

—No es posible, María, respondió estremeciéndose Arturo.

—Señor, el reo está en capilla.

—Es cosa horrible ciertamente, añadió el coronel paseándose agitado: yo no debí olvidar aquel desdichado: Rótoli no perdona nunca: tiene un alma de tigre.

María le seguia con las manos juntas y con el rostro desencajado.—Pero V. E. le salvará: ¿nó es cierto, señor coronel? V. E. tiene un buen corazon, pues bien veo que se ha conmovido al oirme.

María, dijo Arturo deteniéndose de pronto: estás bien segura de que aquella cruel sentencia ha sido ya notificada al reo?

Si, señor, y aunque le dieron esperanzas de salvacion si declaraba cual era el paraje en que habia ofrecido Espatolino esperarle, se ha negado á decirlo, ni nada absolutamente que pudiera perjudicar á otro. Solo acusó á Rótoli, quejándose de sus muchas perfidias; pero no ha podido presentar pruebas y el agente ha logrado entero crédito al asegurar que mi pobre hermano le calumniaba por el bárbaro deseo de perderle, castigándole por la preferencia que hizo de él en su testamento nuestro mencionado pariente. Otras muchas cosas ha dicho para probar su inocencia y recriminar á Pietro, el cual bien pudiera haber llamado á V. E. por testigo respecto á una carta de Angelo á Espatolino, que el astuto agente logró arrancarle no se por que medios: pero como se dice que V. E. protege al tio de Anunziata!.... ¡cómo mi pobre hermano cree que es V. E. su mayor enemigo y el mas empeñado en su pérdida!.... Yo no lo pienso asi, no señor: he conocido ya que sois muy bueno y todo lo espero de vos.

—¡Malvado Rótoli! dijo Arturo despues de un instante de reflexion: en efecto, pudiera hacerle mucho daño con mis declaraciones; pero ¿se salvaria Pietro?... no! su enemigo seria partícipe de su suerte; pero aquella no cambiaría.

—¡Y que, señor! exclamó con angustia la jóven: ¿no me ofreceis salvarle?

—¿Cómo podria cumplirlo? respondió el coronel; los jueces que tan clara sentencia han pronunciado ¿consentirian en revocarla por solo mi empeño?

Dicen que se publicó un bando que condenaba á muerte á todos los que tuviesen relaciones con los bandidos; pero son tantos, señor excelentísimo, son tantos los reos!... ¿por qué ha de ser Pietro el único castigado?

—Es el único convicto y confeso, respondió Arturo: la sentencia es cruel, pero no injusta.

—¡Que no es injusta! gritó María torciéndose los brazos, asi pues, no hay remedio! no hay misericordia! morirá en la horca! ¡Padre mio! padre desdichado! por qué no eres ya pasto de los gusanos? ¿te ha conservado Dios la vida para que la vieses deshonrada? ¡La horca! ¡oh Dios mio! ¡la horca!

Y la infeliz se arrancaba los cabellos con sus convulsas manos.

Arturo penetrado de lástima se paseaba agitado, buscando en su imaginacion recursos para salvar al reo: pero ninguno hallaba. María acababa de recordarle el funesto bando y comprendia la conveniencia de un castigo severo en un crimen que iba haciéndose tan extenso, y que habia estado por tanto tiempo impune.

—¿Nada me decis? dijo María con profunda desesperacion.

—Jóven, vuelve al lado de tu anciano padre, contestó Arturo conduciéndola por la mano hasta la puerta del aposento, y procura alentarle en tan tremendo golpe: nada puedo prometerte respecto á tu hermano; pero yo le reemplazaré y tu padre pasará cómodamente los últimos dias de su vida.

Apartóse de ella conmovido y María nada le contestó. Su dolor habia tomado un aspecto sombrío: gemidos sordos salian de su pecho y sus ojos hundidos tenian la expresion de la demencia. Estuvo un instante inmóvil en el sitio en que la dejara Arturo, y despues salió de la casa con pasos rápidos y desiguales, articulando con acento ronco y lúgubre:=no! no le veré yo morir en la horca!

Dainville se sentia enteramente trastornado, la triste escena que acababa de pasar á su vista le afectaba dolorosamente. Por espacio de una hora se paseó por su habitacion con aire pensativo y agitado, luego abrió una ventana, respiró con avidéz el ambiente de la noche, y sintió el deseo de salir á la vecina plaza para pasearse al aire libre: su cabeza ardia y su pecho estaba oprimido.

Vistióse apresuradamente, tomó su sombrero y salió del aposento; pero en el instante en que atravesaba una larga sala que conducia al recibimiento oyó la voz de su asistente que porfiaba negando la entrada á alguno que se empeñaba en verle.—Decid quien sois ó marchaos, repetia por tercera vez el criado: el amo no recibe gentes desconocidas.—¡Y que! respondió una voz trémula y algo cascada aunque varonil: ¿arrojaréis con tanta dureza á un infeliz anciano que no pide sino ser escuchado un breve instante? Vuestro amo será mas compasivo, andad y decidle que un viejo afligido le pide permiso para hablarle.—Vuestro nombre; volvió á decir el asistente. El anciano vaciló un momento y dijo por último con acento doloroso.—Giuseppe Biollecare.

—Dejadle entrar! gritó Arturo, y aunque oprimido á la sola idea de la nueva escena que iba á presenciar salió á recibir al desventurado padre.

Aunque estaba la sala poco alumbrada, es indecible el efecto que produjo en el coronel la vista de aquel anciano. Su magestuosa talla estaba encorbada por los años; su cabeza cubierta por una cabellera de plata contrastaba con sus ojos, negros como el azabache, y animados con toda la sublime elocuencia del padre que va á abogar por la vida de su hijo: su tez era tan blanca como la luenga barba que adornaba la parte inferior de su rostro aguileño, pero veíase surcada por profundas arrugas y una aureola morada se distinguia perfectamente al rededor de sus ojos. Eran vacilantes sus pasos, y sus manos trémulas se crispaban apretando el báculo que le servia de apoyo.

—Bien venido seais, señor Giuseppe, dijo Arturo presentándole una silla.

—Quisiera hablaros á solas, señor coronel, contestó el anciano.

Presentóle su brazo Dainville para que se apoyara y le condujo al aposento en que dos horas antes habia presenciado la amarga afliccion de su hija. Hízole sentar y puesto á su lado tomó la palabra diciéndole.—Sé á lo que venis, señor Giuseppe, y deseo con el mayor ardor serviros, aunque creo imposible alcanzar lo que deseais. No me dirijais súplicas que me partirian el corazon y que serian sin embargo perdidas; pero disponed de mi como de un hijo y llorad en mi seno vuestra desgracia: mis lágrimas se unirán á las que derrameis.

—No vengo á pediros lo que habeis ya reusado á mi hija, dijo el anciano con tristeza, pero sin debilidad: no vengo á conmover vuestro pecho con el espectáculo de mi desventura, sino á haceros una proposicion admisible y ventajosa para vos.

Dainville le miró sorprendido: Giuseppe prosiguió.

Se ha publicado un bando declarando reo de pena capital á quien dé asilo al feroz Espatolino, le oculte ó le trate; pero se han ofrecido recompensas á los que le entreguen ó faciliten los medios de capturarle:—Es verdad, dijo Arturo.—Tambien se expresó en dicho bando, añadió el anciano, que si otro ladron, aunque fuese de los mismos de su cuadrilla, le entregaba ó daba aviso cierto de su paradero de manera que pudiese verificarse su captura, seria indultado completamente.—Asi es, buen anciano; pero qué esperanza fundais en aquellas promesas? ¿ignorais que Pietro ha reusado toda revelacion que pudiera perjudicar al bandido?

—Lo sé, señor Arturo, pero si mi hijo calla, yo puedo hablar. Sabed que aunque inocente de la locura de Pietro, el cielo que vela por los infelices y envia milagrosos auxilios á los que le imploran con ardiente fé, me ha proporcionado un descubrimiento importante que puede salvar á mi hijo.

Arturo aproximó su silla á la de Giuseppe: la mas profunda atencion y la curiosidad mas viva se veian pintadas en su semblante.

(*Se continuará.*)

G. G. DE AVELLANEDA.

CAIN Y ABEL.

CAPITULO VII.

CELOS Y VENGANZA.

Habia fiesta aquella misma noche en el castillo de Laval; flotaban ligeras banderolas en sus torres; alumbraban sus altas ogivas vasos de diferentes colores, y oíase por do quiera la animacion y el bullicio que indican una funcion magnífica y solemne. A la puerta de la mansion Feudal se agrupaba el pueblo, ansioso de ver si siquiera le tocaban los despojos del festin del rico, ó si percibia los sonidos armoniosos de las orquestas.

En un salon suntuosamente vestido de terciopelo y damasco, hallábanse sentados, la una junto al otro, la condesa de Laval y Camilo. Contemplaba la anciana al que juzgaba su hijo con inefable delicia, clavando en él los amorosos ojos, como si quisiera leer lo que en el alma del mancebo pasaba. Tenia una de sus manos oprimida entre las suyas, y llevábala con frecuencia al corazon para que sintiese los latidos que le conmovian y agitaban.

—Bendito mil veces, tú, decíale con amoroso acento; bendito mil veces tú; que has venido á devolver á tu pobre madre la alegría y la salud! Bendito mil veces tú, que has cumplido los votos mas dulces de mi alma! Demasiado conozco sin embargo que me restan pocos instantes de vida, pero ¡con qué tranquilidad veré acercarse mi hora postrera, dejando unidos con un vínculo eterno á mis dos amados hijos!

—No hablemos, no hablemos de eso, interrumpió vivamente Camilo estremeciéndose á pesar suyo: no pensemos sino en mi felicidad, porque amo tanto á Paulina!

—¿De veras, hijo mio? repuso la condesa. Ah! Yo temia que en tus viajes hubiese fenecido esa pasion engendrada por la infancia!

—Oh! no, exclamó él con entusiasmo: yo la adoro, yo la idolatro! Hay en las miradas de ese angel un no sé qué fascinador; hay un encanto irresistible, que subyuga el alma y la embelesa. Madre mia, madre mia, prosiguió el jóven con una vehemencia extraordinaria: solo al ver á Paulina he creido en Dios!

Una ligera nube de disgusto oscureció el semblante de la anciana.

—Ah! ¡cómo has cambiado, hijo mio! ¡cómo has cambiado! antes de separarte de nosotros para marchar á Italia, nunca habias dudado de la existencia del Altísimo. Tu has proferido una blasfemia! Con todo, añadió serenándose; espero que Paulina te purificará. Ahora escuchame atentamente: quizás al cielo le plazca alargar mis dias: quizás le cumpla poner fin á ellos hoy, por eso he querido prevenirme para cualquier suceso venturoso ó adverso. Toma esta cartera, hijo mio; ella contiene mi última voluntad. ¿Quieres leer esas líneas que hay en su cubierta?

Camilo se inclinó por toda contestacion, y leyó con acento conmovido lo que le señalaba la condesa, y que decia asi: «Ruego á mi hijo que no abra este pliego hasta despues de mi muerte.»

—¿Me lo prometes? preguntó la anciana con tranquilidad.

—Guardad, guardad estos papeles, madre mia. Siempre poseeré demasiado pronto ese testamento. Ah! volved á tomar la cartera; yo no quiero conservarla en mi poder!

—¿Por qué? ¿A causa quizás de la promesa que te exijo? No me la hagas si no quieres; abre ese pliego si lo deseas.... pero entonces yo no me atreveré á levantar los ojos delante de tí!

—Pues bien, madre mia, exclamó Camilo solemnemente; yo os juro obedeceros; séquese mi mano antes de tocar ese sello para romperle; y si guardo la cartera es porque vos teneis derecho para ordenármelo.

Apenas habia proferido estas palabras el jóven, con imponderable uncion, giró sobre sus goznes la puerta de la estancia y apareció Paulina, hermosa y risueña como la esperanza: realzaba su blanco vestido la pura expresion de su semblante; y la corona de desposada que ceñía su frente prestábala nuevos encantos. Entreabria sus rosados lábios una sonrisa

graciosa é inocente, y corria ligera como el cervatillo que juguetea con la madre.

—Gracias á Dios que os encuentro, dijo besando tiernamente en la frente á la condesa; por todas partes os andaba buscando, porque los salones están llenos de gente, y todo el mundo os echa de menos. Ah! Pablo! añadió dirigiéndose al jóven; afuera hay una mujer que pregunta por vos; una italiana, segun dice ella, que tiene que comunicaros un asunto de importancia.

Púsose pálido Camilo, y murmuró:

—Una italiana!

—Ved si tengo confianza en vos, repuso Paulina que no me alarmo viendo que una desconocida os busca. Y sabeis por qué?... porque habia tanta verdad en vuestro acento el dia que me dijisteis que me amábais, que desde entonces ni he concebido siquiera la posibilidad de un engaño!

—Ah! sí! respondió Camilo con ardiente entusiasmo: sí, yo os amo! A nadie he amado sino á vos!

Y era verdad: aquel hombre no nacido seguramente para el crímen; aquel hombre lanzado á él por una mujer satánica, apartado de ella seis meses (que este tiempo habia corrido desde que se separaron en Italia,) habia sentido renacer sus primitivos instintos.

Atraido hácia la condesa por un afecto respetuoso y santo, cuando el remordimiento se adormecia en su corazon, pareciale haber hallado en la venerable anciana aquella madre que no habia conocido nunca, y que tanto habia deseado en su infancia. En fin, la pasion que en otro tiempo tuvo á Olivia, era muy diversa de la que le inspiraba Paulina: á la una la amó desordenadamente, con ese amor terrenal que embriaga y seduce los sentidos; á la otra la profesaba ese cariño dulce, tranquilo, puro, que brota del alma, que no tiene nada de carnal, y sí mucho de ascético. No debe causar maravilla que un hombre encenagado en el vicio tanto tiempo, que un delincuente en fin, experimentase esta reaccion hácia la virtud, esta simpatía hácia seres tan distantes y tan diferentes de él hasta entonces.

Por eso, repetímoslo, no mentía al decir á Paulina que á ella solamente habia amado en la tierra. Miró la condesa á los dos jóvenes con inefable expresion de alegría:

—Hijos mios! hijos mios! dijo con acento grave y solemne; Dios os bendecirá porque habeis colmado mi mayor anhelo!

Y apoyándose en el brazo de la hermosa novia, salió del aposento, mientras Camilo daba órden para que introdujesen á la extranjera. Cuando el supuesto conde Laval contempló la apostura de esta, cuando levantando el velo que la cubria, conoció á la que tenia delante; lanzó un grito convulsivo, y estremecióse de espanto.

—Tú, tú aquí!... exclamó! Otra vez me persigues, otra vez te encuentro!

—Sí, yo soy, repuso Olivia sin inmutarse; yo soy la que viene tambien á tomar parte en tu boda, y á celebrarla cumplidamente.

—Qué quieres de mí? replicó Camilo temblando, y mirando á la italiana con azorados ojos.

—No me esperabas, no es verdad? Sin embargo, muchas veces te he dicho que somos inseparables. No con palabras ni con promesas lograrás desembarazarte de mí; para esto se necesita una puñalada; ¿por qué no me la has dado, Camilo?

—Silencio! silencio!

—Ah! prosiguió la implacable Olivia; veo que este nombre te conmueve aun! Tu te acordabas de él, y sin duda no te acordabas de mí!

—Jamás he olvidado vuestro nombre ni el mio!

—De veras?..... Conde de Laval, ¿qué importa que este nombre de Camilo esté escrito en tu frente con caractéres sangrientos, si hoy los ocultas con tu corona de esposo? Mañana lo harás borrar por mano de la que adoras!

—Pero qué venis á hacer aquí? exclamó Camilo que comenzaba á serenarse un tanto.

—¿No soy una antigua amiga vuestra? repuso ella con amargura. Pues bien, vengo á felicitarte por tu casamiento. Quien sabe! quizás te traigo un regalo de boda!—Sí, añadió con una exaltacion terrible, sí, ahora puedo probar á tu feliz consorte que el que ella ama, no es el conde de Laval; que ama y se ha casado con el asesino Camilo!

—¿Es eso todo lo que teneis que decirme? respondió el amante de Olivia, disponiéndose á salir de la estancia.

—Ah! tu creias, exclamó la italiana frenética, abalanzándose á Camilo, y cogiéndole fuertemente de las manos; tu creias que bastaba haber dicho á esta pobre mujer, despues de consumado el delito: «Separémonos para siempre: Yo te odio, y no puedo ser feliz contigo! Tú no tienes pruebas ningunas del crímen que he cometido; nadie te creerá cuando quieras decir á la Condesa de Laval que yo he muerto á su hijo. He aprendido á imitar con perfeccion su letra, yo me he enterado de los secretos mas recónditos de la familia; y cuando me halle instalado en el castillo, y vayas tu á acusarme, te arrojarán de allí como á una insensata.» Esto me dijiste; ¿te acuerdas? cuando partiste de Italia; esto me dijiste cruelmente al venir á tomar posesion de la herencia que yo te habia dado. Y me dejaste sola, desesperada, frenética, hincando mis uñas en mi corazon, porque no podia arrancarte el tuyo! Así han pasado seis meses, Camilo; seis meses en los que solo he pensado en vengarme, en los que he buscado todos los medios para conseguirlo, y en que no he encontrado ninguno. Al cabo de ellos he venido aquí, á morir si era menester, pero á morir viéndote; á darte muerte yo misma, y á dármela á mí despues. Mas al llegar á Tolosa he percibido el rumor de la fiesta que celebrabas; he oido los cantos de júbilo por tu himeneo; me han dicho el amor que profesas, ó que mientes, porque tu solo sabes mentir, á esa joven destinada á tu víctima..... Y entonces mismo, ha puesto el infierno en mis manos los medios de conseguir lo que tanto he deseado. Sábelo, sábelo: el infeliz á quien primero heriste y despues arrojaste al Tiber, vivió aun algunas horas; las suficientes para escribir en un papel á su madre nuestro crímen, Camilo. El pescador en cuya cabaña espiró, le hizo promesa formal de conducir el billete del moribundo á su destino..... y el acaba de llegar..... yo le he visto..... yo le he hablado..... yo he detenido su mano, que iba á herirte ya..... ¿y no sabes porqué, Camilo? porque te amo, porque te amo, porque te amo!

Camilo miró con asombro á la italiana, y por toda respuesta se encogió de hombros.

—Ya conocerás que cuando he querido verte, continuó Olivia despues que su emocion se hubo calmado, tendré que hacerte alguna proposicion. Pues bien, oye ahora las condiciones con que te ofrezco callarme. Guarda el nombre y la herencia de Laval; consiento en ello; pero huye conmigo: abandona para siempre este pais, esta casa, esta familia maldita: á ese precio echo un velo sobre lo pasado; y me obligó á hacer que el pescador no entregue el billete que te acusa. Olvido y perdono, pero quiero que me sigas esta noche, al instante: piensa que solo puedes salir de este abismo abandonándote á mí!

—Pero Olivia, exclamó Camilo, aunque yo te obedezca ¿qué provecho crees que redunde de ahí para tu amor... una vez que así llamas á tu venganza? ¿Esperas que nuestros vínculos puedan renovarse jamás?

—Yo no espero nada para mí, Camilo, repuso Olivia con amargura: lo único que quiero es que mi rival no sea feliz. Cuando estemos lejos de Tolosa, me abandonarás si lo deseas; pero visible ó invisible, yo estaré siempre cerca de tí, como tu sombra, sean cualesquiera los paises y las ciudades que te plazca recorrer. Basta á mi satisfaccion que no te acerques nunca á Tolosa ni á mi rival... y no te acercarás, porque yo guardaré el billete de tu víctima!

Hubo una larga pausa, durante la cual la incertidumbre, la duda, el espanto, se pintaron en congojosa lucha en el rostro de aquel hombre condenado á ser eternamente juguete de la italiana. Por fin, animándose un tanto habló así:

—Acepto ese pacto. La desdichada que me ha abrazado y bendecido como á su hijo, moriria sin duda al saber su error, y yo no quiero tener que acusarme de este crimen mas, viva ella con la esperanza de tornar á verme; y olvídeme Paulina! Yo hallaré medio de romper los lazos que ya nos unen! — Y luego con voz sombría, prosiguió: —Horrible es la existencia á que nos condenamos los dos, Olivia! sin duda es la voluntad de Dios, para que expiemos nuestros delitos. ¿Estás segura de ese pescador de Roma, que recogió al moribundo?

—Sí, repuso ella: respondo de que no hablará.

En el mismo punto oyóse un violento estrépito afuera, y abriéndose de golpe la puerta del salon aparecieron la condesa de Laval, y Jacobo el pescador. Venia la anciana pálida y demudada; con los blancos cabellos erizados sobre la frente; con la boca entreabierta, con las mejillas bañadas de un sudor frio, con el pulso en fin agitado y convulso. Al ver á Camilo y á Olivia, procuró sosegarse, aunque vanamente. En seguida se adelantó hácia el segundo que la miraba trémulo.

—Quiero verlo, exclamó, quiero ver si conservas la cicatriz que tuviste siempre en la muñeca!

Y como el criminal se resistiese, añadió impetuosamente, y con una fuerza sobrenatural:

—Quiero verlo, quiero verlo!

Entonces desgarrando los ricos encajes que caian sobre la mano del jóven, miró ansiosamente al sitio donde esperaba hallar aquella marca infalible. Un grito desgarrador, que salió del alma, bastó para indicar á Jacobo que la infeliz madre no dudaba ya, y salió precipitadamente de la estancia.

La condesa dió algunos pasos hácia atrás, y solo pudo proferir con sordo acento estas palabras:

—Asesino! asesino! asesino!

Despues cayó desplomada á los pies de Camilo.

CAPITULO VIII.

EL TESTAMENTO.

Cuando condujeron entre Paulina y las criadas á la de Laval á su lecho, fuése tras de ella Olivia, y quedóse solo Camilo, abismado en sus dolorosos pensamientos. Largo rato permaneció inmóvil, silencioso, paseando por todas partes sus estúpidas mi-

radas, hasta que estas se fijaron en un papel que la condesa traia en la mano al entrar, y que habia soltado al caer en su parasismo. Como si aquello reanimase sus sentidos, como si aquel billete le devolviese la razon y el conocimiento, abalanzóse á él Camilo rápidamente. Eran las breves líneas que el conde de Laval escribia á su madre en la cabaña de Jacobo Salviati, que éste prometiera no entregar á la condesa hasta el siguiente dia, y que impulsado por un movimiento irresistible, por su religion y respeto á la oferta hecha al moribundo, trajo por fin al castillo aquella misma noche. Camilo leyó con ansiedad aquel papel, que no mas contenia que estas palabras, escritas en caractéres casi ininteligibles:

«Madre mia, muero asesinado, y os escribo esta carta con mi propia sangre. Ya no me esperareis mas; yo soy el que voy á esperaros! Mi asesino, á quien he tenido tiempo de conocer, es un italiano que se me parece mucho, y que se aprovechará quizás de esta semejanza para presentarse á vos en lugar mio; pero vos no os dejareis engañar ¿no es cierto, madre mia? Adios, adios.—Pablo de Laval.»

Así que hubo devorado con la vista estos renglones, Camilo redujo á cenizas el papel que los contenia. Paseóse despues por el aposento á pasos largos, como un hombre que lo teme todo, que no se atreve á adoptar resolucion ninguna. Por fin brilló en su semblante una expresion siniestra, y exclamó con sordo acento, sin dejar de cruzar apresuradamente en toda su longitud la estancia:

—Ella sabe mi secreto: yo sabré igualmente el suyo. Si quiere hablar, yo la amenazaré con hablar tambien; y mi silencio será el precio de su silencio.

Y diciendo asi sacó del bolsillo la cartera que poco antes le habia entregado la noble condesa de Laval. Estremecióse al contemplarla.

—Paréceme, dijo, que solo con romper este sello cometo una accion mas infame que todas las que han ennegrecido mi existencia hasta aqui. No importa... Paulina no sabrá nada! Paulina podrá ser feliz aun!

Dejóse caer sobre un sillon, y con mano trémula rompió el sello del testamento: todo él estaba de letra de la condesa. Camilo leyó lo siguiente:

«Hijo mio: no te he revelado nunca durante mi vida, la fatal historia que vas á saber, porque una madre no debe exponerse á avergonzarse, ni á haber de justificarse con sus hijos; pero no he querido tampoco llevar este secreto conmigo á la tumba, pues te dejo que cumplir un gran deber.

«Nunca he sido feliz, hijo mio, y ni siquiera me cabe el derecho de quejarme: mis penas han sido digno premio de mis faltas. Caséme con tu padre sin amarle; pero no fué esa mi mayor desventura. Yo amaba á otro, y esta pasion unida á mi extremada juventud, me hizo cometer fatales imprudencias. Puedes sin embargo creer á una madre que te habla, como hablaria á Dios: ¡nunca fuí culpable! Y mi solo crímen consiste en haber puesto las apariencias contra mi. Grande falta de suyo, porque la tranquilidad de un esposo es una cosa santa! Pero tampoco merecia que tu padre me juzgase por esas mismas apariencias, ni que me condenase sin piedad. Cuando me hallé en cinta, me declaró que miraria el hijo que iba á dar á luz, no como su heredero legitimo, sino como el fruto del adulterio; y al concluir el término de mi embarazo, tomó las medidas convenientes para que yo me encontrase sola con él y con una mujer de toda su confianza. Pronto sentí los primeros dolores del parto, y perdí el uso de los sentidos, cuando volví en mí, tu padre habia *desaparecido*, yo estaba sola, y *no* encontré á mi lado mas que este billete escrito con antelacion. «Me llevo conmigo al hijo de vuestro crímen, para que no goce jamás de una fortuna ni de un nombre á que no tiene derechos. Adios: me habeis obligado á odiar la existencia, y no tornareis á ver á vuestro hijo ni á vuestro esposo.»

«La lectura de este horrible billete produjo en mí una nueva crisis; y Dios que conocia mi inocencia, cumplió el mas ardiente deseo de mi alma, haciéndome madre por segunda vez!

«Este segundo hijo eras tú, Pablo; como Raquel, te dí á luz entre la desesperacion y las lágrimas, y por eso sin duda te he amado tan tiernamente. Cuando recobré el conocimiento, y te miré llorando, y tendiendo por instinto hácia mí tus débiles manecitas, olvidé á mi marido, olvidé al mundo, olvidé que tenia otro hijo, para amarte como á Dios! Dulcemente se deslizaron tus primeros años, y fueron los mas felices de mi vida, y quizás de la tuya. Dejaste de ser niño, y te hiciste hombre.... y entonces me abandonaste: debias viajar por espacio de tres años, y yo me preparaba á pasarlos entre el llanto y la oracion, cuando un dia llegó al castillo un hombre desconocido, solicitando hablarme. Fué conducido á mi presencia, y me entregó una carta, con sello negro, pronunciando estas palabras: «Son noticias de uno de quien no habeis sabido veinte años há. Señora, ya sois libre!» Y sin añadir mas, desapareció. Yo abrí temblando la carta, que habia sido escrita por el conde de Laval en su última hora. Esta es:

«No sé si he castigado harto severamente vuestras faltas; pero la proximidad de la muerte predispone á la indulgencia. No he oido desde nuestra separacion hablar de vos, y presumo que no tardariais en olvidarme. Os perdono sin embargo, para que el Ser supremo me perdone tambien. Este perdon seria incompleto, si no os manifestase lo que ha sido de vuestro hijo: vive, pero debeis agradecerme que le haya apartado de vos, porque sino hoy fuera vuestro oprobio y vuestra desventura. Yo le hice educar á mi lado hasta la edad de diez y ocho años, sin decirle nada de su nombre ni de su nacimiento; pero todo el cuidado que puse para ahogar las malas inclinaciones que yo notaba en él, fué inútil; y cansado de mi vigilancia se escapó un dia de mi casa. He sabido que se dirigió á Italia, donde pasa por un noble veneciano, tomando el nombre de Camilo....»

Al llegar aquí, estremecióse el desdichado que leia el testamento, y todos sus miembros temblaron: pusiéronse cárdenos sus labios, lívido su rostro.... despues de algunos instantes de horrible lucha, una idea mas consoladora halagó su imaginacion, porque se sonrió dulcemente, murmurando en voz baja:

—He encontrado á mi madre... he encontrado á mi madre!

Y besó con transporte el papel que tenia en sus manos. Por primera vez en mucho tiempo, una expresion religiosa se escapó de su boca:

—Bendito, bendito sea Dios! dijo, y se prosternó humildemente ante una efigie del Salvador del mundo que pendia de las paredes.

Al alzarse vió junto á sí la figura grave, imponente, severa, de la condesa de Laval, que habia entrado en el aposento sin que él la sintiese. Al mirarla, poseido de un santo respeto, dobló otra vez las rodillas, y besó amorosamente una mano de la anciana, de que se apoderó. Pero como si ella hubiese sentido la picadura de una víbora, hízose atrás exclamando:

—¿Quieres matarme como le mataste á él? ¡Ah! bien haces en prosternarte á mis plantas; porque, ¿no sabes que yo soy tu juez? ¿No sabes lo que yo voy á preguntarte?

—Sí, señora; pero vos ignorais lo que yo os voy á responder.

—No necesito mas que una palabra. ¿Eres tú el que ha asesinado á mi hijo? exclamó la condesa con un acento tan fuerte, tan penetrante, tan convulsivo, que Camilo se dejó caer otra vez á sus pies sin contestar nada. La pobre madre despidió un quejido, mitad de horror, mitad de angustia, y se apartó de Camilo sollozando.

—Lejos, lejos de mí el asesino! gritó: ¿tendrás la audacia de suplicarme aun? ¡Yo he podido dar el nombre de hijo al matador del mio! ¡Cómo mi corazon no se ha revelado contra mis ojos! ¡Y yo tenia el orgullo de creerme tierna y previsora entre todas las madres!

Despues cogiendo con violencia suma el rostro de Camilo, le contempló en silencio algunos momentos.

Sí, dijo llorando: son las facciones de mi Pablo, y de mi marido! ¿Quién eres tú que has cometido ese crímen, y que tanto te asemejas á tu víctima? Si no eres mi hijo: ¿quién eres?

—Quién soy, señora? repuso Camilo tristemente. Acabo de saberlo al abrir la cartera que me habiais dado, y leyendo á pesar de vuestra prohibicion, el testamento otorgado por vos en favor mio. No me acuseis de haber faltado á mi palabra! ¡Veo la mano de Dios en todo esto! Yo soy el infeliz de quien os habla vuestro esposo en la carta escrita en su lecho de muerte; yo soy el miserable hijo, el que tenia razon de predecir tantos crímenes; yo soy el que no teniendo nombre ninguno tomé el de Camilo...

Al oir estas palabras, el rostro de la condesa se puso amoratado: toda la sangre le refluyó allí: quiso hablar y no pudo; sus ojos parecian querer saltar de sus órbitas, y su cuerpo temblaba con una convulsion espantosa. Por fin, haciendo un horrible esfuerzo, porque era el último, exclamó levantando las manos:

—¡Caín! ¡Yo te maldigo!

Y cayó moribunda en tierra.

En el mismo instante entraban en la estancia diferentes personas: al frente de todos venia Jacobo seguido del juez del crimen de Tolosa, y de algunos esbirros.

—Ese es el asesino, dijo el pescador señalando á Camilo.

Oyéronse dos gritos agudos en aquel instante: el uno era el último de la condesa de Laval; el otro de Olivia, que acababa de llegar para ver la perdicion infalible de su amante.

—¡Miente! ¡miente! exclamó la italiana fuera de sí.

Camilo la impuso silencio con una mirada llena de dignidad y de dolor; despues cogió en sus manos el testamento, y los papeles que probaban su origen, y los desgarró friamente, diciendo para sí:

—¡No deshonraré el nombre de mi madre!

Soltó una lágrima de sus ojos al contemplar á la infeliz anciana que habia sucumbido á tantos y tan repetidos golpes; y haciendo un esfuerzo para no arrojarse sobre el frio cadáver, para no intentar reanimarle con sus besos, dijo al juez con tranquilidad, y señalando á Salviati:

—¡Ese hombre tiene razon! ¡Soy un impostor y un asesino, y daré pruebas de todos mis crímenes!

CONCLUSION.

Pocos dias despues fué ajusticiado Camilo en la plaza de Tolosa, por la doble acusacion que él mismo habia formulado.

Olivia casi demente, se retiró á un convento, donde trató de aplacar con la penitencia la justicia de Dios, á quien habia ofendido tanto.

ISIDORO GIL.

UNA SEMANA EN MADRID.

ARTICULO SESTO.

SABADO.

Hoy vamos á expiar todas las culpas de la semana! llegó el dia terrible de la prueba y el juicio final del setenario se acerca!!! Una escoba de caña en verano y otra de algarabía en invierno, son la trompeta de ese tremendo tribunal. No es posible comparar á la mujer que barre con el angel del Apocalipsis, porque el uno dirá (en latin que no está al alcance de todos): «levantaos muertos y venid á juicio» y la otra dice (en presente y en castellano:) «levantaos mortales y salid de casa, ó de lo contrario os envuelvo en una nube de polvo.» Vale mas *comer de viernes*, como en el artículo anterior, que oir á las mujeres *hacendosas*, el sarcasmo terrible, la sentencia cruel, la venganza, en fin, formidable que revelan estas palabras: HOY HAGO DE SABADO. Yo no digo esto porque á las doce del dia atraviesen la calle de la Montera, los alguaciles, que acompañan á los señores que hacen la visita de cárceles en esos dias; yo no me quejo de que á las dos preparen los curiales sus trebejos para salir á la pesca de caña hasta la mañana del domingo inclusive; ni veo en todo eso, cosa que ofenda a la moral ni á la hombría de bien que indica un anzuelo ó un cimbel en las uñas de un

escribano; eso va con la fábula del burro vestido de leon, ó con la del cordero disfrazado de pantera. Lo que yo no sé con quien va es este párrafo que empezó por llamar dia terrible al sábado, y concluye diciendo: que la víspera del domingo es el dia peor de la semana, y que se inaugura de una manera infernal.

Dicen que las mañanas de abril son dulces de dormir, y para mi lo son ni mas ni menos que las de todos los meses del año. «Al que madruga Dios le ayuda,» dicen las gentes, y «el que se levanta tarde, ni oye misa ni come carne;» pero no saben esos infelices lo que trae consigo la palabra *madrugar*! (Por supuesto que á mí no me trae nada, porque yo la doy con la puerta en los hocicos) pero vamos al caso, y al sábado, que en esos dias todo fiel cristiano está muy obligado á madrugar y salir de su casa ó hacerse fuerte en la alcoba, antes que el polvo, que viene huyendo de la sala, se entre allí de rondon. Y es tal el miedo que tengo yo á las mañanitas de los sábados, que temo se contagie este artículo si no saco la descripcion en párrafo aparte.

—Que mañana es sábado..! dice el ama de casa á sus criados en la noche del viernes.—Descuide Vd., Señora, contestan ellos. Pero la Señora no se fia y se levanta dos horas antes de amanecer, y alza su cama, ni mas ni menos que el sábado anterior, y da la voz de generala, arrastrando por sí misma la cómoda, que ofrece mas incomodidades para moverse, y se ata un pañuelo de hilo á la cabeza, y las criadas hacen lo mismo, y ella va dando la voz por todas las alcobas, y sueltan las escobas para hacer barricadas con las sillas y parapetos con los colchones, y abren las ventanas para dar envidia á las personas perezosas, y rompen el fuego en todas las alcobas á un tiempo, y andan los hombres perdidos como conejos en soto de saca, y todo lo rompen, y todo lo barren, y todo lo ensucian con su limpieza. Y si uno acierta á quedarse en su casa para evitar que el tintero manche ciertos papeles cuando ruede sobre la mesa (porque eso es de rigor) á impulsos del plumerito dichoso, le barren de rodillas abajo do quiera que le pillan, y le sacuden la cabeza con el zorro de limpiar las telas de araña. Lo mejor es ganar la escalera, el que no viva á piso bajo y salir á la calle que allí no cesan los peligros ni las zozobras; pero hay mas campo para correr y se respira al aire libre, el polvo que levantan los barrenderos del Excmo. y constitucional ayuntamiento de Madrid. Y á mi me parece, aquí para *inter nos*, que la excelencia y la constitucionalidad, hacen una amalgama bien ridícula, y no se *ayuntan* bien. En cuanto á esas mangas de polvo, no hay sino dejarlas pasar y dejarlas teñir la ropa de blanco, cerrando la boca para que el tinte no llegue al pulmon y se declare la garganta en tos permanente. Ese polvo es fanfarron, sin malicia, ni mas ni menos que el aire del Escorial, que si uno se deja caer al suelo antes que le derribe el torbellino, la cosa pasa sin novedad. Sin intencion de molestar á los transeuntes, bajan tambien las sillas y los colchones, desde los pisos terceros, á echar el aguardiente con los madrugadores; y en esos casos está admitida la precaucion de ocultar el bulto en el portal inmediato.

Las calles no están obscuras como boca de lobo; pero reciben la luz á traves de las sillas y las mesas que posesionadas de los balcones y amenazando caerse sobre el transeunte matutino, entoldan la calle, cual si quisieran pasarse al bando contrario para charlar con los muebles de la vecindad, que están en los balcones de la acera opuesta. Las gentes inexpertas que oyendo ruido en las alturas, alzan la cabeza, están muy expuestas á que les caiga en la cara un globulillo, ligero, flexible-elástico, y á veces cerdoso, que si acierta á penetrar en la boca puede quitar la gana de comer por algunos dias. Cuando las mujeres sacuden los peinadores á la calle, lo mejor es soplarse en el portal mas inmediato; porque mientras uno dice: «oiga Vd. so puerca, eso se arroja al patio» le

sacuden el ruedo donde se calientan los pies cuando cosen, y unas tijeras que se olvidan pueden sacar un ojo para memoria. Ni sirve tampoco amenazar con multas, ni con dar parte al alcalde, porque no hay providencia posible contra una mujer honrada, que regala un *marañoncito* de pelos, en forma de globo, con su aereonauta y todo; el aereonauta podrá pertenecer á los insectos *dípteros*, pero eso corresponde á la zoología, y ni Cuvier ni Linneo se olvidaron del animalito aligero, que puede colocarse en la clase de las fieras por sus instintos sanguinarios y su aficion á vivir entre bosques; ni los calvos podrán decir cosa en contrario tampoco. Para librarse del agua

que destilan los tiestos de las ventanas, ó del instru-

mento de hoja de lata con que los riegan las Ritas, *menos* santas, de nuestros tiempos, no hay sino hacer una S, con el cuerpo, si vale bueno; sino tan fresco y tan rociado.

Podrá suceder que huyendo del líquido que filtra por las raices del geránio, se reciba el agua saturada de barro y polvo de ladrillo, que arroja la puerca cenicienta de la casa de enfrente; pero para eso es sábado ó víspera de fiesta, y cuando vuelva cada cual á su casa, la encontrará fresca como una lechuga en invierno y plagada de pulgas en verano. Vuelvo á repetir que en esos dias no se puede hacer caso de nada, y el que no esté mal con la costumbre de que los colchones son para estar debajo, debe retirarse cuando descienda un mueble de esos desprendido de un piso tercero, y con ademan hostil. La igualdad es muy buena, muy santa; pero es muy cómodo discutir cuando se proyectan los contornos del cuerpo sobre un colchon, de pluma mejor que de lana; y encargo ó repito que nadie mire al cielo en la mañana del sábado, porque las mujeres cuando están de limpieza, todo les parece polvo, y hasta la caja del de rapé, arrojan á la calle si están de humor.

Me acuerdo de una vez, (yo estaba á cubierto) que vi sacudir el tapete verde de una mesa, y cayeron á la calle los efectos siguientes: unas tijeras, un dedal, unos ovillos de sedas, una caja de rapé, un tomo del año cristiano, unos anteojos de áncora al escape, sobre muelles, y una peluca, rubia, que por la gravedad específica de la manteca, dió fondo la primera. Y á no ser porque no hay tiempo de pedir permiso á los lectores, y yo sin este requisito no puedo referir ciertas cosas, contaria aqui lo que sucedió allá en los tiempos, en que no teniamos alcantarillas. Entraba en el cuento un gallego recien venido á Madrid que equivocó la voz preventiva de «agua va» y dijo: «alabado sea el Santísimo Sacramento» al arrojar á la calle lo que ahora se guarda para los carros de Sabatini; y.... pero tente pluma!.... que si el que acertó á pasar por debajo de la ventana, se quitó el sombrero, yo no puedo, ni debo, ni etc., referir lo que le sucedió.

A las doce de la mañana, se va despejando la atmósfera, porque el polvo, tarda mas ó menos en buscar su centro de gravedad, pero obedece siempre las leyes físicas y específicas de los cuerpos. Ya cesó el susurro de las escobas, y solo se ve tal cual Maritornes, de esas que limpian el balcon con el plumero, no tanto por ser limpias cuanto por parecerlo. Las flaquezas humanas, son harto heterogéneas en sus formas.

Despues de la una, como indicamos al principio de este artículo, atraviesan la Puerta del Sol, con direccion á la carcel del Saladero, dos coches simones, enteramente simones, precedidos de dos alguaciles, esbirros, corchetes, ó peseteros; que con todos esos nombres se conocen los agentes de los juzgados. Nadie se para á preguntar la categoría de los que van presos en aquellos vetustos elementos, porque nadie ignora que allí van los señores de la sala, á remediar ó á saber con su visita de fórmula las necesidades de los encarcelados. A las gentes que viven en la carrera les sirve esa procesion judicial, de cuadrante infalible; y mas de una vez se oye decir, en mas de una casa: «chica, ves poniendo la sopa, que ya pasa la visita de cárceles.» Lo que ocurre en la carcel, cuando llegan los jueces no puede ser objeto de este artículo, porque pertenece á la táctica de los presidiarios, y eso conviene reservarlo para otra ocasion.

Despues del toque de diana, que se verifica, bien á pesar nuestro, todos los sábados, y no tal cual le hemos referido, sino de una manera horrible, que solo la práctica, de la que Dios nos libre, podrá hacer conocer á nuestros lectores, pertenece este dia á los artesanos; pues en él, como último de la semana, cobran el miserable jornal, á cuyo precio vendieran

sus fuerzas, sus sudores, y hasta su salud en los seis dias que trabajaron. Al concluir la tarde del sábado, acuden los albañiles al pesebre (como decia un republicano metafórico, que quiso, en provecho suyo, sublevar unos trabajadores) á recoger el pienso, que los hombres les conceden, á precio de la sangre que explotan. Y si valieran aqui las metáforas, y la filantropía del revolucionario, necesitase ó mereciese contestacion, diria yo que los lectores explotaban la sangre de mi tintero; y ellos podrian replicar, que yo era el que explotaba su vista con mis artículos; y aqui de la ciencia médica, que diga si vale mas dejarse hacer una sangría que perder un ojo. Porque yo concibo que un hombre resista tres sangrías, (y soy voto, porque tendré poco mas de tres onzas de sangre); pero al que le sacan dos ojos, no se yo si frente á frente podrán quitarle algun otro.

Las tonterías republicanas suelen ser de muy mal género, y la igualdad social, llevada á ese extremo no es de las mejores por cierto; porque este mundo es una cadena, y estando cada cual en su clase, nadie es mas que nadie, ni necesita menos el potentado del artesano, que este del otro, y la escala social está calcada sobre las necesidades de la vida, y tan respetable es el arquitecto que dirige la casa donde ha de vivir el jurisconsulto, como este lo es cuando defiende la causa justa ó injusta del artesano; y si el médico necesita que el maestro de obra prima le haga unas botas para salir á la calle, el zapatero no puede aliviar las dolencias de su mujer, sin las visitas del físico,

y á mi no se me alcanza mas nada sobre el particular ni está bien ocupar la atencion de mis lectores con estas digresiones.

Los cajistas de los periódicos de la tarde, son los primeros que cobran los jornales de la semana, si el director del periódico, no es de los directores aficionados á pagar tarde ó á no pagar nunca, en cuyo caso, hay aquello de negarse el que ha de dar el dinero, y llamar veinte veces, por cuarto de hora, los que quieren cobrar la semana, para derretirla ó no, que eso pertenece á los mozos de café y á sus familias, en bromas y jaranas, que pudiéramos muy bien llamar *sabatinas*, si ya ese nombre no nos pareciese de mal género desde que se publicó en Madrid un periódico muy malo con ese título.

Los albañiles, picapedreros, carpinteros de afuera y otros artesanos, de los que solo trabajan con luz artificial, cuando hacen falta monumentos *provisionales* para inmortalizar algun regocijo nacional, cobran al anochecer del sábado, y antes que entre el domingo, gastan sus jornales alegremente en los *despachos* de vino por menor, que el vulgo llama tabernas, y dan de palos á sus mujeres en el *piso quinto*, que antes llamábamos, bohardilla. Los zapateros, sastres, herreros y demas artesanos cuyos oficios les permiten trabajar bajo techado, cobran á la misma hora en verano, y á las ocho en invierno por ser tiempo *de vela*; época que empieza el dia 4 de octubre, y concluye el 18 de marzo, y que no es del agrado de las modistas como dice mi criada, en una copla que la oí cantar dias pasados y que me repite ahora, para insertarla á continuacion:

«Ya viene San Francisco
con sus candelas,
y es santo que no rezan
las costureras.»

En cuanto á las gentes que salen á cazar por los alrededores de Madrid, no hay mas de cierto, sino que los llaman cazadores, cuando lucen sus arreos por las calles de la capital, y que llenan sus morrales

en la plazuela de Herradores; en cuyo sitio se vende para todo el mundo sin prohibir á nadie que diga: «esto lo he cazado yo!» Cada cual es dueño de hacerse las ilusiones que guste, al gastar su dinero.

Pocas son las sociedades de buen tono á donde se puede matar el tiempo los sábados, y excepto los empleados antiguos y demas gente dominguera pocos son los que bailan la víspera del domingo; pero algo diríamos de ellos si yo tuviese gana de escribir algunas líneas mas. Es el caso que no estoy de ese parecer, y parezca mal ó bien mi indolencia, aqui lo dejo.

ANTONIO FLORES.

FALLECIMIENTO

DE LA INFANTA

DOÑA LUISA CARLOTA.

La familia real de España acaba de perder uno de sus ilustres miembros: la esposa del serenísimo señor don Francisco de Paula Antonio exhaló el último suspiro á las cinco de la tarde del 29 de enero. Profundo sentimiento ha causado la muerte de la infanta doña Luisa Carlota, cuyo nombre dispierta gratos recuerdos en la mente de cuantos aman á la egregia nieta de San Fernando que hoy ocupa el trono de las Castillas. Abatido y moribundo yacia el último monarca en su lecho por el otoño de 1832, y los adictos á su hermano Cárlos habian ejercido poderoso influjo en el exánime enfermo, quien con mano trémula y sin voluntad propia despojára á su hija Isabel del trono adonde la llamaban las leyes del reino. Hallábase á la sazon la infanta doña Luisa Carlota con su esposo en el Puerto de Santa María, y apenas supo la enfermedad del rey voló en posta á la corte y luego á la Granja, donde con ánimo resuelto y con la energía propia de su carácter deshizo la infame intriga y fué el amparo de su augusta hermana en aquella hora de tribulaciones. Ha sido este uno de los mas insignes servicios que pueden prestarse á una corona, y merece quedar consignado en justa alabanza de la excelsa persona á quien es debido.

La ilustre infanta por quien hoy viste la corte de luto habia nacido en la ciudad de Nápoles el dia 24 de octubre de 1804. Darémos una breve noticia de la enfermedad que la arrastrado al sepulcro segun la nota de los facultativos.

Desde el dia 19 de enero se sentia desazonada su alteza con insomnio constante y disminucion de apetito; mas ni se quejó de estas molestias, ni alteró su método de vida, fué al Pardo el dia 22 á una partida de caza: salió á caballo el dia 24, y sintió durante este paseo algunos vértigos que la pusieron por dos ó tres veces á punto de caerse. Todavía no se quejó hasta el 25 por la tarde á consecuencia de haber experimentado un frio bastante intenso: siguióse fuerte reaccion, y con el auxilio de dos sangrías quedó la ilustre enferma aliviada y sin calentura. En la noche inmediata fué mayor el desasosiego, empezó á manifestarse picazon en algunos puntos de la piel, y al amanecer aparecieron varias pintas de sarampion. No creyendo S. A. que la erupcion tuviese tal carácter y sintiéndose con notable alivio se lavó y peinó, tomando poco despues una ligera sopa. Continuó manifestándose la erupcion hasta cubrir la mayor parte del cuerpo, acrecentándose los síntomas del pecho y de la cabeza. Fué aquella noche mas inquieta y mayor la dificultad de respirar. Al dia siguiente ademas de los remedios atemperantes se la hicieron á S. A. dos sangrías, acrecentándose no obstante la afeccion del aparato respiratorio y el estertor en tales términos que por la noche hubo necesidad de otra sangría. El sarampion habia desaparecido casi del todo. El dia 29 se agravaron todos los síntomas, y el pulso era frecuente, irregular y pequeño. Habian celebrado los facultativos varias juntas en los dias anteriores, y en este se decidieron á emplear el método conocido con el nombre de contra-estimulante; á pesar de la absoluta tolerancia con que fué recibido el medicamento continuó el pecho en el mismo estado, y creció la agitacion general y el eretismo cerebral y nervioso; pero con la mas completa libertad de facultades intelectuales y morales. A las cuatro y media de la tarde estalló repentinamente en la augusta enferma una apoplejía cerebral y fulminante, con todos los síntomas que la caracterizan, y á la cual estaba naturalmente predispuesta. A la media hora de este accidente espiró S. A.

En tan penosa enfermedad ostentó la ilustre infanta heróica resignacion cristiana, habiendo previsto su muerte desde el instante en que cayó en cama: por eso en los dos primeros dias, tomó acertadas disposiciones para el arreglo de los intereses de familia: por eso con la mayor entereza les dijo á sus médicos y al padre Fulgencio Lopez, escolapio de ejemplar virtud, que estaba persuadida de que no habia remedio para ella, manifestando su deseo de que solo la acompañase el confesor, y de que antes de morir la diesen dos vasos de agua fria. Con fervoroso recogimiento se sometió la augusta señora al tribunal de la penitencia, expresando despues que ansiaba recibir el pan de vida. Ya iba á administrárselo el respetabilísimo arzobispo patriarca de las Indias, cuando suplicó la moribunda á su confesor que saliese á solicitar en su nombre el perdon de toda su servidumbre, lamentándose de no poder demostrar tan religiosos sentimientos á cuantos hubiera podido ofender en vida sin restriccion alguna. Al cumplir el sacerdote la voluntad de la infanta surcaron su venerable rostro tiernas lágrimas que corrieron mezcladas con las de los mas humildes criados de S. A. Recibió al fin el Santo Sacramento de la Eucaristía, sin que antes ni despues se apartara el confesor del lecho de muerte. Allí llamó la infanta á su augusto esposo y á la jóven princesa doña Luisa Fernanda para despedirse de tan caros objetos, inspirarles ánimo y dirigirles palabras consoladoras. Uno de los últimos encargos que hizo á su confesor fué el de reunir á sus hijos para que los bendijese en su nombre, exhortándoles á que fuesen buenos cristianos, buenos españoles, y á que no olvidasen jamás los preceptos evangélicos y sanas doctrinas que siempre habia procurado imbuirles.

La reina doña Isabel II y su excelsa hermana han dado claras señales del cariño que les inspiraba su augusta tia: se suspendió la corte que debia celebrarse por el cumpleaños de la infanta doña Luisa Fernanda, y se decretó que se hicieran á la esposa del infante don Francisco todos los honores correspondientes á su elevada clase; se declaró en su consecuencia palacio la casa que habitaba S. A. en la calle de la Luna, hasta el dia de la traslacion del cadáver al panteon del Escorial, guardándole entretanto los monteros de Espinosa desde las ocho de la mañana del 31 de enero. Infinito fué el número de personas que visitaron la fúnebre estancia, donde se hallaba expuesto al público el cuerpo de S. A. conservando todas sus formas cual si yaciera en apacible sueño. Asi permaneció hasta las once menos cuarto de la mañana del 2 de febrero; hora en que se puso en marcha la comitiva destinada á conducir el cadáver al panteon regio. Formábanla un prelado, el marques de Palacios, un mayordomo de semana, un notario de reinos, doce gentiles hombres de casa y boca, dos caballerizos de campo, cuatro monteros de Espinosa, ocho capellanes de honor, un furrier de capilla, un sacristan, dos mozos de capilla, un correo de gabinete, músicos, lacayos, palafreneros, y una escolta de caballería y alabarderos. Obstruia las calles del

tránsito inmenso concurso hasta la puerta de san Vicente y san Antonio de la Florida, donde llegó el cortejo fúnebre á las once y media: en las Rozas se cantó el responso de costumbre á las tres menos cuarto, y en Galapagar dos horas mas tarde. Allí pernoctó la comitiva asistiendo á una suntuosa mesa de estado. Amaneció el siguiente dia con viento y nieve, lo cual hizo que despues de cantarse un responso en el Escorial de abajo, no se depositase el cadáver en la entrada del patio de los reyes del monasterio de san Lorenzo hasta las once y veinte minutos. Allí recibió el prior un oficio por el que se le hacia entrega de los restos mortales de S. A. la infanta, leyendo despues una real cédula por la que dispuso uno de nuestros reyes, á fin de evitar rivalidades, que entren juntas en el templo las cruces de la Capilla Real y del Monasterio. Se cantó otro responso, y colocado el cadáver sobre un túmulo que se alzaba en el centro de aquella magestuosa basílica, se celebró una solemne misa, terminándose la fúnebre ceremonia á las dos de la tarde. La infanta doña Luisa Carlota que pocos dias hace asistia á nuestros paseos y teatros, descansa ya en aquella mansion silenciosa: llamados de Cádiz y Pamplona sus augustos hijos para rodear el lecho mortuorio, solo han llegado á tiempo de enjugar las lágrimas de su desolado padre.

TORNEOS.

El hondo interés que inspiran las glorias pasadas, los monumentos que recuerdan á sus autores, nada tienen de comun con el vivo pero transitorio que excitan los grandes acontecimientos recientes ó contemporáneos. La afanosa curiosidad con que oimos y recogemos noticias que no afectan á nuestra suerte ni

ejercen influjo sobre nuestro porvenir, excede en mucho á la que despiertan sucesos inmediatos, cuyo desenlace puede tal vez cambiar el rumbo de nuestra existencia. La imaginacion se complace en revestir de extraordinarios y maravillosos colores á todo lo que pasa fuera de ella; y cuanto mas se aparta, tanto mas se acrecienta en esa tinta fantástica el abundante raudal de las ilusiones, que corre en opuesta direccion de nuestros años. A breve distancia de los instantes que nos rodean, está su nacimiento pobre y débil todavía; á nuestro lado destilan sus trasparentes gotas: pero solo cuando se alejan ó nos alejamos, empiezan á brillar en la mente, reflejando el dorado rayo de la ficcion que vaga por los espacios incógnitos del deseo. En la grande óptica de la vida, todo es á nuestro lado raquítico y miserable: los objetos remotos van perdiendo sus dimensiones colosales segun adelantan hácia la vista que los contempla; y la proximidad, desnudándoles de su apariencia magnífica, se los presenta en toda su pequeñez.

Es cierto sin embargo que en las edades medias se esparce una grandiosidad que justamente nos encanta. Las guerras y no interrumpidas invasiones que sufrió la monarquía en su infancia, habian arrollado en nuestros abuelos, el afectado adorno con que la civilizacion engalana y destruye á la naturaleza. Veíanse entonces los hidalgos impulsos del corazon, hermosos todavía en su originaria candidez, pugnando por entregarse nuevamente al imperio de aquella universal soberana, como al hombre robusto, criado en la salubridad del bosque, y embellecido con los caprichosos aderezos que inventó la molicie, ostentar sobre la gala del ropaje, la dignidad y lozanía que plugo al Criador imprimir en su figura. Trajes, cos-

tumbres, ideas, participaban á la vez de la magestad natural y elegancia de la naciente cultura. Aquellas ardientes fantasías, jóvenes aun y no bastardeadas por el vicioso influjo del excesivo deleite, mostrábanse mas fecundas, mas graciosas en sus desahogos; y todo lo bañaban de una tinta poética que nos hace envidiable su estado: que atrae hácia sus producciones nuestra anhelante mirada, sin que acertemos á desasirla del magnético poder que la sujeta.

El espíritu belicoso y guerrero, tan conforme al instinto como sostenido en aquella época por la necesidad, invadia con irresistible dominio los primeros destellos de la pasion. Antes que en nada pensábase en las armas: las funciones de guerra y la ambicion de gloria, eran los dulces sueños de la juventud; y hasta las bellas, respirando aquel ambiente de heroismo, tomaban parte indirecta en las hazañas y proezas varoniles.

El amor, ese impetuoso móvil de nuestras acciones, hallábase subordinado á aquella entusiasta pasion; y antes de conquistar á la hermosura, era preciso conquistar laureles que rendir á sus pies. Dirigido así, todos sus conatos y tendencias venian á seguir el rumbo que el espíritu dominante le trazaba; era preciso buscar ocasiones de celebridad en el ardimiento: y aunque el estado de la monarquía envuelta en guerras y discordias intestinas, obligada á recobrar por fuerza de armas el terreno que usurparon las agarenas huestes, ofrecia á cada paso empeñados lances en donde adquirir fama inmortal, todavía no

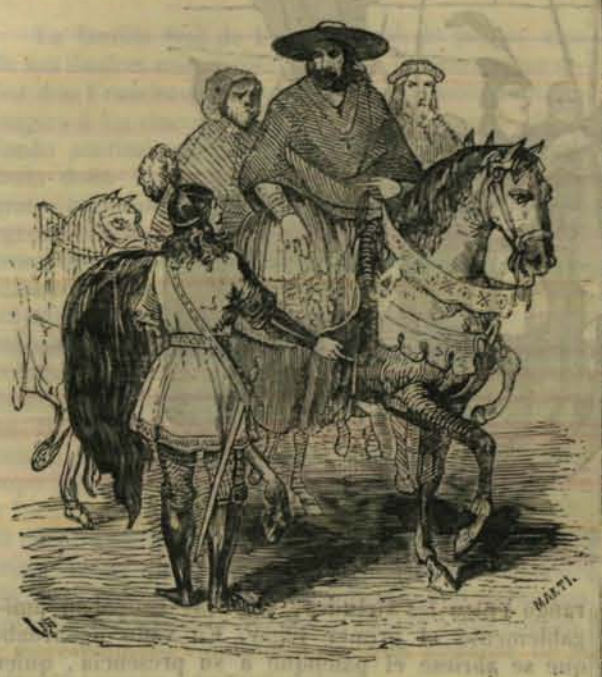
llenaba cumplidamente la insaciable sed de ella que abrigaban los corazones. En el ocio de las treguas y en la blandura de la paz vacilante siempre, ensayaban aquellos bizarros caudillos su pujanza y refrescaban su valor. Disputábanse la gloria adquirida en los campos de batalla, y lograban así presentar en uno mil trofeos á la deidad de su culto. Las justas y torneos introducidos por entonces eran la expresion fiel de este ardor belicoso que en todo se reflejaba.

Y hé aquí á las naciones modernas condenando severamente la crueldad de tales ejercicios, disputarse al mismo tiempo la palma de haber sido cuna y orígen de ellos. Nuestra vecina la Francia, con disculpable orgullo, intenta apropiarse el honor de la invencion, como en todas la demas cosas notables bajo cualquier aspecto que lo sean; y aplícales por conseguirlo una denominacion latina, extraña y repugnante á su índole. No se negará que los conocieron cuando el furor de las conquistas invadia á la Europa; tal vez se anticiparon á alguna otra en su adopcion: pero es cierto que la soberbia Roma, la soberana del mundo, los abrigó en su seno desde muy remota época. Que ya por los tiempos de Domiciano eran antiguas en sus juegos circenses, las cuatro famosas cuadrillas *Alba*, *Rosea*, *Veneta* y *Parcina*, asi llamadas por los colores de sus trajes blanco, rojo, azul y verde; y este emperador aumentó las de *oro* y *púrpura*, introduciéndose posteriormente el *negro* para los caballeros romanos que debian revelar motivos de tristeza en medio del general regocijo. Sea de ello lo que fuere, la modesta España no disputa el honor de la primacía; págase con recogerlos del suelo aleman donde aparecen reglamentados por Enrique I, duque de Sajonia, para solaz de los nobles, y de tres en tres años se repetian. Aceptólos con su propia voz *torneo* que en aquel idioma significa *vuelta en redondo*; los hizo suyos, y brevemente aventajó á sus maestras en pompa y gala, en esplendor y bizarría. Confundiéronse en aquellas fiestas militares la galante urbanidad con el esfuerzo y los amores: mutuamente se avivaban y encendian; y asi llegaron á adquirir un grado de exaltacion que rayaba en delirio. Conveniente fué en aquella época de dislocacion, en que la fiereza del ánimo carecia de leyes que la moderasen; en que ni la prudencia acompañaba al denuedo, ni el consejo daba la mano al poder. Teniase á grande honra el ser admitido en las lides; y para aspirar á ella, preciso era que ni la mas leve mancha empañára la reputacion del pretendiente. La caballerosidad y el arrojo, corrian parejas por su rango entre las virtudes, y ambas ocupaban amigablemente el primer lugar. En vano aguardaba que se abriese el palenque á su presencia, quien contára entre las acciones de su vida una tan sola que desdijera del lustre y tersura de aquel concurso: y la nota de ignominia que recaia sobre la frente del desechado, era mas poderosa á reprimir las bastardías que cuantas penas pudieran imaginarse. Ni era fácil empeño el ocultar su desdoro; que abierto un juicio sin formas ante los reyes de armas se empeñaba el honor de altos personajes en pró del recien venido, y era gran mengua el disfraz de la verdad para la limpia fama de quien la ocultase.

Requisito muy esencial era tambien la nobleza, para alcanzar la gloria de combatir dentro del circo: y el linaje del nuevo adalid, muy cuidadosamente se inspeccionaba por el mismo *Heraldo*. Eran, pues, solemnes los preparativos del caballero para introducirse en la arena, y mucha la seguridad con que habia de arrostrarlos, si no queria sufrir el baldon de un público desaire.

Principales señores del reino, con quienes los mismos príncipes no desdeñaban alternar y medir sus fuerzas, acompañados de inmensas y lucidas comiti-

vas, llegaban de todas partes al lugar de la funcion. Gruesas sumas empleaban por dar mayor realce á su grandeza; y aquel aparato y ostentacion hacia mas apetecible un puesto á su lado. Levantábanse en torno de la barrera y á proporcionada distancia, magníficas tiendas que cobijasen á escuderos y caballos, publicando en su riqueza la clara estirpe del *forastero*.



Las armaduras, escudos y divisas que á la entrada se colgaban, eran indicios ciertos de la persona á quien correspondian. Ellas en mudo lenguaje pregonaban su nombre, sus hazañas, su poder: y no en vano aparecian de uno ú otro modo colocadas, ni por insignificante acaso se miraban inclinados sobre sus puertas los escudos: que aquella demostracion á señalar se encaminaba el uso de armas y el género de combate con que el reto á los demas se proponia. Cada uno de los concurrentes podia contemplar de antemano la bravura de su competidor representada en lujosas empresas sobre el escudo. Aquellos honrosos distintivos, jamás fueron debidos á la intriga, el engaño ó la fortuna. El arma blanca que entonces no conocia rivales, dejaba espacio al arrojo del ánimo y al vigor del cuerpo para triunfar de buena ley, ó ser vencido á costa de enemiga sangre. No un arcabuz aleve podia arrancar al héroe su preciosa existencia, envuelta en sus grandes hechos y repetidas victorias; ni de una vez marchitar sus bien merecidos laureles. Por eso fué costumbre de los caballeros trasladar á sus escudos y jaquetas los verdaderos cortes que en la batalla hubiesen recibido: para acreditar cuántas veces la fuente de sus venas se habia soltado en su cultivo. Los caballeros donceles que por la primera vez entraban en accion, llevaban sus escudos blancos y sin empresa: que aun no era dado á los hijos hacer alarde de agenas virtudes, ni revestirse con los timbres de sus ilustres progenitores. Solo cuando el valor se ponia á prueba empezábanse á cubrir los escudos con legítimos adornos, insignias ó geroglíficos que perpetuasen la memoria de gloriosas cicatrices ó alcanzados trofeos.

El mismo órden guardaban en los torneos; y ningun emblema usaban en los broqueles hasta que á alguno anterior hubiesen asistido en donde conquistáran el derecho de usarle sobre sus armas. Aun así, caia bajo la inspeccion del Heraldo cuyo encargo y facultades se extendian á corregir abusos del capricho. El caballero montado, cubierto el rostro con la celada y el corazon palpitante á impulso de mil encontradas sensaciones, aguardaba fuera del palenque su fallo; y el interés de los expectadores le acompañaba en silencio durante los momentos de duda. Recorridos por fin los prolijos trámites que á nadie se dispensaban, reconocidas las pruebas y testimoniales presentadas, el Heraldo mandaba publicar á son de clarin la aptitud, el nombre y circunstancias del nuevo combatiente, y escribirlo todo en el *registro de casas ilustres* que para el efecto llevaba. Entonces el adalid alzando la visera, mostraba á los circunstantes el gozo que por todo su aspecto le rebosaba. Una aclamacion universal aplaudia con estrépito su ventura; y las damas al paso le saludaban con ademan expresivo, levantándose en pié para mejor informarse de su gentil continente, que esta fué siempre natural inclinacion de las mujeres y entonces por mas recatadas y misteriosas, tambien eran mas ávidas de amorosa desenvoltura. Cruzábanse las míradas del paladin con las benévolas miradas que de entre los trasparentes velos y revueltas tocas partian; y no parece sino que en ellas iba cobrando nuevo aliento y mayor brio para el combate. Crujía el tablon sobre sus quicios para darle entrada en la barrera; y salvándola al mesurado trote de su corcel, ibase á colocar en el bando de *forasteros* ó *mantenedores*, segun que procediese del lugar en que se verificaban las fiestas, ó que de algun otro á ellas hubiese concurrido.

Leíase á voz de pregon la proclama que se habia de lidiar. Comenzaban en seguida las escaramuzas al vibrante toque de añafiles y timbales; el rey de armas partia el campo, y dábase la señal de acometer. Embestian los dos entonces con desusada furia, y una terrible si no sangrienta prueba se empeñaba por ambas partes. Ciertos eran cuanto esforzados los choques, astutas las huidas y multiplicados los encuentros. La destreza en arrendar un caballo y manejar una lanza y broquel, la agilidad en los movimientos, la pujanza en los arranques, la maestría en los giros y la firmeza en las paradas, formaban en mil puntos vistosas suertes que enardecian los ánimos entretenniendo á la curiosidad. Cada combatiente con estudiada estratagema, se convertia á su turno en perseguidor y perseguido, recorriendo el palenque en torno con agradable y ruidosa confusion. Toda la vigorosa resistencia de aquellas fuertes musculaturas se necesitaba para no ser derribado á los contrarios botes de lanza; y ay del infeliz que á caer llegase si muy pronto no acertaba á reponerse; grande riesgo corria de ser hollado y deshecho á los pies de los caballos. Repetidas desgracias y lastimosos lances acontecieron en aquellas fingidas acciones: pero nada era suficiente á entibiar el fanático ardor con que la juventud las apetecia.

No miraba el concurso con indiferencia el belicoso entretenimiento: la poesía que encerraba, todo lo convertia en sí como el fuego; y el misterioso interés que les daba la gallarda imaginacion de nuestros antepasados, absorbia completamente las atenciones. Ora fuese la pelea de solo á solo que con el título de *Justa* se conocia, ora de bando á bando que llamaron *torneo*, siempre tomaban activa parte y muy directa en ella los circunstantes, y en especial las hermosas. Cada ginete llevaba pendiente de su bizarría la fama de su señora, y su derrota ó su triunfo afectaban á cuantas personas ligára á su suerte el parentesco ó la aficion. Una cinta, una divisa, una banda, simbolizaban un nombre, cuyo lustre á su valor iba confiado; un timbre cuyo esplendor debia mancillar su flaqueza: y así los adornos, los colores, los objetos inanimados dejaban de ser insignificantes, y adquirian una importancia exclusivamente suya á los ojos de la muchedumbre.

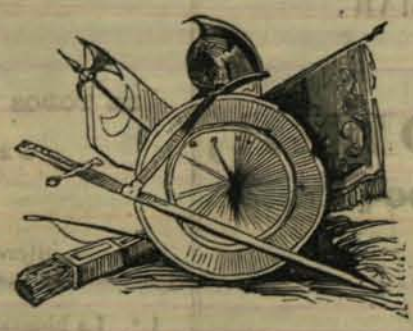
Esta arrogante propension de la fantasía á vivificarlo todo, y asociarse con cuanto la rodea identificándolo consigo, resplandece en la infancia de los pueblos, al lado de su espíritu guerrero. Los griegos, los troyanos, hicieron de los colores casi un ídolo de su culto. Los dias de la semana, si hemos de dar fe á escritores graves; denominábanse con el nombre de ellos: y comenzando por el *amarillo* que era el principal y de descanso, el *blanco*, *rojo*, *azul*, *negro*, *verde y purpúreo*, designaban á los demas por su órden. Sus príncipes antes de entrar en la batalla, tenian los escudos del color correspondiente al dia en que se diera; y consideraban descuido de gran monta y mal agüero la omision de esta circunstancia. Nuestros españoles que á nadie cedieron en imaginacion y bravura, no podian menos de participar de esa enigmática tendencia; y un lazo colocado por una mujer, envolvia entre los colores de sus cintas el presagio de su próspero ó adverso destino. Pero no les faltaba corazon para luchar contra la fuerza del hado; y traduciendo así todos los casos por su temple de alma, siempre llegaba á ser móvil y estímulo de la osadía: si el pronóstico se mostraba halagüeño, era el arrojo de la inspiracion; si adusto era el arrojo del despecho. Entonces su estrella le forzaba á conquistar verdaderamente á la ingrata que se le resistia: que tambien los afectos íntimos pagaban tributo al bélico entusiasmo, y rendian homenaje á su imperio.

Todos estos incentivos concurrian á mantener en su altura las ideas caballerescas de aquella edad feliz. Al repartirse los premios, mil aclamaciones tornaban á saludar al vencedor. Las damas por festejarle arrojaban á su paso algun adorno ó joya de su propio adorezo: los ecos marciales y sonoros de las trompetas le despedian, y su nombre, armas y divisa, eran por mucho tiempo objeto de la conversacion pública y familiar. Los vencidos salian vergonzosamente del circo sin ningun aparato, y se deslizaban presurosos al mas cercano bosque con el único pensamiento de reverdecer algun dia su mustia fama.

Aquellos juegos que hoy llamamos feroces, contribuyeron á dulcificar las costumbres, dirigir el ímpetu de las pasiones y reducirlas á límites aceptables. Ellos exaltaron hasta un punto ideal la generosidad y

cortesía con los vencidos, el noble orgullo con los rivales, la piedad con los menesterosos, el desden á los opresores y el mortal rencor á los tiranos. Ellos sostuvieron aquel valor heróico y desinteresado con que nuestros capitanes se hacian temibles en la guerra y respetables en la paz: con que amparaban al desvalido haciendo suya la ajena causa, y defendiéndola á riesgo de la vida por adquirir alto renombre. ¡Lástima grande que extraviada tan bella disposicion y exagerado en la opinion su prestigio, se llegase á mirar el esfuerzo como acabada prueba de justicia en la pretension! El carácter español no admite medio.

BONIFACIO GOMEZ.



Revista de la Quincena.

No parece sino que á medida que se aproximan los alegres dias del carnaval, las letras van cediéndoles el puesto como convencidas de su carácter poco mundano y menos bullicioso para terciar en tan destemplados entretenimientos. Decímoslo porque de algun tiempo á esta parte nuestras quincenas han ido decayendo de interés, hasta el punto de que en la presente contados y mucho han de ser los lectores que encuentren cosa con que poder darse, no ya por complacidos, sino por distraidos. Tal ha sido la escasez de sucesos literarios ó artísticos en el espacio trascurrido entre el último número y el presente, que desde que el Laberinto vé la luz del dia no se cuenta otra igual. Aun lo poco que se ha disfrutado, á un solo teatro se le debe, pues en el del Príncipe la enfermedad de su actriz mas eminente ha defraudado las esperanzas de un gran número de personas que aguardaban con curiosidad el drama de *doña Maria Coronel ó No hay fuerza contra el honor*; sobre el cual hace tiempo que circulan favorables rumores. Deseamos vivamente el restablecimiento de la señora Diez, pues su falta se hace de dia en dia mas sensible en el teatro, donde tan pocos talentos pueden competir con el suyo, y donde el público la desea con simpatía cada vez mayor.

Si en este coliseo no hemos visto novedad alguna por tan desagradable incidente, en cambio en la Cruz hemos asistido una noche á *Probar fortuna ó Beltran el Aventurero* y *Quiero ser cómica*, y otra á *El Guante de Coradino* y *El Que se casa por todo pasa*. De todas ellas la que merece especial mencion es El guante de Coradino, obra de los señores Doncel y Valladares. Al cabo *Beltran el Aventurero* no pasa de ser una de las piececitas de hilvan destinadas á matar la noche que nos regalan con mas frecuencia de la necesaria nuestros vecinos de allende el Pirineo, y que por señas justifica bien poco su título, porque sobre ser escasas las aventuras del héroe, aun esas tienen poco de nuevo y chistoso, si se exceptuan algunas chispas mas ó menos lucidas que brotan por el diálogo adelante. La ejecucion fué mediana, menos por parte del señor Lombia que tuvo rasgos bastante felices. La traduccion, á lo que pudimos juzgar, corrió parejas con la representacion.

La piececita de *Quiero ser cómica*, tambien de los señores Doncel y Valladares, aunque inferior conocidamente al lindísimo juguete que poseemos con el mismo título, si bien aplicado á protagonista del sexo feo; halló algo mas de gracia á los ojos del público, porque la viva ejecucion de la señora Perez por un lado, y por otro la intercalacion de algunos trozos y alusiones pertenecientes á nuestro antiguo teatro y á sus lumbreras resplandecientes, mal pueden dejar de oirse con gusto por ningun público español. La señora Perez dijo, mejor que suele en los papeles trágicos, la bellísima relacion de *La Niña de Gomez Arias* capaz de ablandar las entrañas de un risco, y que no movió sin embargo las de aquel libertino sin alma que tan vivamente nos pinta nuestro gran Calderon. Tal vez estos adornos y reminiscencias fueron los que de mas abono sirvieron á la pieza, pues por lo demas, caractéres y trama son endebles.

No sucede así con *El Guante de Coradino*, que si no ha sostenido á la misma altura la reputacion de los autores de *Las Travesuras de Juana*, no deja de ser una obra noblemente concebida y escrita con diccion poética, numerosa y pura, y sembrada aquí y acullá de rasgos valientes y bien trazados. El argumento es el suceso de todos conocido con el nombre de *Las Vísperas Sicilianas*, y que recientemente ha inspirado á Casimir Delavigne una de sus obras mas armoniosas y perfectas. La de nuestros jóvenes autores no se distingue por la marcha á un tiempo complicada y regular, rápida y fácil que distingue su anterior bella comedia, ni está nutrida de incidentes tan vivos y chispeantes; pero en cambio tiene caractéres delineados con pureza, como son los de las dos mujeres, y el de Prócida no muy fácil de trazar, habiendo de arreglarse á la historia, y de cuyas supuestas venas y accesos de locura han sabido sacar los autores partido para la exposicion de su drama. Como quiera el verla hecha por medio de un relato como en las tragedias clásicas, entibia un poco desde un principio los afectos del público, pues como dijo uno de los preceptistas de mejor consejo de la antiguedad:

Segnius irritant animos emisa per aurem,
Quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus.

Fuera de esto, la accion marcha con bastante regularidad, y aunque pudiera reducirse á mas angostos límites y aun tener índole y giro mas dramáticos, no está alargada á costa de dislocaciones ó digresiones desmayadas, ni en el diálogo desmerece de la dignidad del asunto y de la verdad de los caractéres. La situacion de la noble, ofendida y arrepentida Siciliana, parecida en algo á la Sajona de la Ulrica en el castillo de Frente de Buey del Ivanhoe, está bien imaginada, aunque su traza y el punto á que se encamina mas propios parecen de la novela que no de las tablas. La versificacion, á lo que pudimos advertir en la representacion (porque no habiéndose impreso todavía la pieza no nos ha sido posible haberla á las manos), es en general de gran nervio y expresion. En resúmen, esta composicion sino es de aquellas en que resplandece la hermosa centella de la creacion, es un estudio estimable á todas luces, y no desmerece de la opinion de sus autores.

¡Ojalá pudiéramos decir lo mismo de la ejecucion! pero tanto se apartarian nuestros elogios de la justicia, como distó el drama de cobrar lustre ni realce alguno al pasar por la crítica prueba. Sentimos decirlo, pero si se exceptua la señora Lamadrid (doña Bárbara) que era la beneficiada en aquella noche, los demás anduvieron constantemente fuera de su camino, y de ellos los hubo que dieron lastimosos tropezones y traspieses. El mismo señor Latorre estuvo poco feliz al representar el vengativo y sañudo proscrito siciliano. La señora Perez, que rara vez acierta á desprenderse en los dramas del donaire y sal cómica propia de otras composiciones festivas, tampoco levantó ni aun á su natural altura el papel de Imogene. De los demas no queremos hablar, porque nunca podria ser en honra suya; tantas fueron las cosas dignas de censura que encontramos.—Tampoco la empresa anduvo de lo mas acertado en la decoracion y aparato, pues el panteon del conde de Lentini tanto tiene de tal como de cualquier otra cosa, si se atiende á su extraña entrada y al tono alegre é iluminado de sus luces de todo punto desacorde con su objeto y destino.

La piececita *El que se casa por todo pasa*, manifiesta gran propiedad de lenguaje y conocimiento de las costumbres y carácter del pueblo andaluz; pero está desleida, y marcha con bastante pesadez. Hemos oido decir que es obra de un jóven nuevamente conocido, y por lo mismo tenemos tanto mayor gusto en advertirle que las muestras de aprobacion del público fueron merecidas, pero que debe evitar todo entorpecimiento y largas inútiles en una clase de composiciones cuyo mejor adorno es la ligereza y agudeza.

El teatro del Circo ha puesto en escena el baile de grande espectáculo titulado *Los Ingleses en el Indostan*. Las decoraciones y aparato fueron lo que hubo notable en él, y el bailable de la señora Guy Sttephan su mayor mérito. Por lo demas ya en otra ocasion sentamos nuestra opinion de que semejante espectáculo solo se avenia bien con argumentos fantásticos, y cada dia que pasa, y cada funcion de distinto género que se ofrece, nos confirman en nuestro juicio. Una clase de representacion que tanto se aleja de las formas de expresion ordinarias en la vida, y en que la imaginacion por consiguiente tiene que hacer grandes concesiones, cuando no suplir la mayor parte, solo se aviene con sucesos propios de su esfera en que reine á fuer de señora absoluta.

Los papeles franceses han traido otra noticia fatal para las letras: la muerte de Cárlos Nodier, doblemente lastimosa por seguir tan de cerca á la de Casimir Delavigne de que ya dimos cuenta en nuestro periódico. Esta pérdida ha sido muy sensible á la Francia, que con razon amaba el noble cuanto amable talento de este apreciable escritor.

A vueltas de esto ya han comenzado en Madrid los bailes de máscara, pero como hasta carnaval no vayan viéndose otras señales de vida, poca brillantez y animacion le vaticinamos. Verémos sin embargo si los bailes del Liceo reunen la vistosa y lucida concurrencia que ha llenado otros años aquellos hermosos salones.

ENRIQUE GIL.

ANUNCIOS.

DESCRIPCION

GEOGRÁFICA, HISTÓRICA, POLÍTICA Y PINTORESCA

DE ESPAÑA Y SUS ESTABLECIMIENTOS DE ULTRAMAR,

POR

DON TOMAS BERTRAN SOLER,

Miembro de varias sociedades científicas y literarias, ilustrada con 200 grabados en madera y con el grande y único

ATLAS DE ESPAÑA Y PORTUGAL,

POR PROVINCIAS,

REPARTIDO EN 107 PLIEGOS DE MARCA MAYOR, QUE JUNTOS FORMAN 42 MAPAS, UNICO QUE TENEMOS HASTA EL DIA, DEBIDO AL CELO Y LABORIOSIDAD DE NUESTRO CELEBRE GEOGRAFO, QUE LO FUE DE S. M.,

DON TOMAS LOPEZ.

CORREGIDO Y AUMENTADO POR SUS SUCESORES.

MAPAS QUE SE PUBLICARAN.

	Pliegos.
PRIMERA SECCION.	
Orbe antiguo.	1
Mapa Mundi	1
Mapa físico de España y perfiles de la Península española, en las direcciones Sur-Este, Nord-Oeste y en la del Sur Oeste Nord-Este (litografiado).	½
España antigua.	1
Mapa general de España y Portugal.	4
SEGUNDA SECCION.	
Reino de Aragon.	4
Principado de Cataluña.	4
Reino de Valencia.	4
Islas Baleares.	2
TERCERA SECCION.	
Reino de Navarra.	4
Provincia de Vizcaya.	1
Idem de Guipúzcoa.	1
Idem de Alava	1
CUARTA SECCION.	
Parte del reino de Leon.	6
Provincia del Vierzo.	2
Principado de Asturias.	3
Provincia de Valencia.	2
Partido de Toro.	1
Idem de Carrion.	1
Idem de Reinosa.	1
Provincia de Valladolid.	4
Idem de Zamora	1
Idem de Salamanca.	4
Reino de Galicia.	4
QUINTA SECCION.	
Provincia de Madrid.	1
Idem de Toledo.	1
Idem de Guadalajara.	1
Idem de Cuenca.	1½
Idem de la Mancha.	1
Provincia de Búrgos.	4
Montañas de Santander ó partido del Bastán de Laredo.	4
Partidos de Santo Domingo y Logroño.	1
Provincia de Soria.	4
Provincia de Segovia.	4
Idem de Avila.	1
Idem de Extremadura.	4
Reino de Murcia.	1
SESTA SECCION.	
Reino de Sevilla.	4
Idem de Córdoba	2
Idem de Jaen.	1
Idem de Granada	4
SEPTIMA SECCION.	
Reino de Portugal.	8
OCTAVA SECCION.	
Ninguno.	»
NOVENA SECCION.	
Mapa general de España y Portugal segun la última division de provincias.	1

Se ha repartido la entrega 1.ª y en la próxima semana se repartirá la 2.ª

BIOGRAFIA

CONTEMPORANEA UNIVERSAL

Y

COLECCION DE RETRATOS

DE TODOS LOS PERSONAJES CÉLEBRES

DE NUESTROS DIAS.

De esta interesante coleccion van publicadas hasta el dia las entregas siguientes:

1.ª La biografía de don Manuel Cortina.
2.ª De don José Bonaparte.
3.ª De don Salustiano de Olózaga.
4.ª Del duque de Orleans.
5.ª De Abd-el-Kader.
6.ª De don Cárlos María Isidro de Borbon.
7.ª De Talleyrand.
8.ª, 9.ª y 10.ª, que son las tres de que consta la biografía del general don Diego Leon y Navarrete.

El dia 14 se ha repartido la entrega TERCERA y última de la biografía de Leon.

Sucesivamente y sin interrupcion se irán anunciando las biografías con que se debe completar la presente coleccion.

Se venden sueltas á 4 rs., y por suscricion á 24 rs. cada ocho, que forman un tomo.

Está abierta la suscricion únicamente en la librería del editor propietario de esta coleccion don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8.

OBRAS ESCOGIDAS

EN PROSA Y VERSO

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

EDICION DE LUJO,

ADORNADA CON GRABADOS

POR LOS MEJORES ARTISTAS ESPAÑOLES,

aumentada con piezas inéditas é ilustrada con notas.

ESTAS OBRAS PERTENECEN Á LA GRAN COLECCION QUE SE VA Á PUBLICAR DE AUTORES CLÁSICOS ANTIGUOS ESPAÑOLES, ADORNADOS CON GRABADOS POR UNA SOCIEDAD ARTÍSTICO-LITERARIA.

Se ha repartido la entrega 11 del tomo tercero.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.